



**C E L Y L**  
CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS  
Y LINGÜÍSTICOS Y LINGÜÍSTICAS  
Y LINGÜÍSTICAS

# CORO: UN UNO Y UN NUEVE, UN DOS Y UN OCHO

**Calixto Gutiérrez**



**Coro:**

**Un uno y un nueve, un dos y un ocho**

2026. Autor:  
Calixto Gutiérrez  
Fondo Editorial UNEFM  
Falcón – Venezuela

Universidad Nacional Experimental  
“Francisco de Miranda”  
Falcón – Venezuela

HECHO DEPÓSITO DE LEY  
Depósito legal: FA2026000027  
ISBN: 978-980-245-173-9

Versión digital:  
Fondo Editorial UNEFM  
Derechos reservados



## **AUTORIDADES UNIVERSITARIAS**

Dra. Juogreidin Cerero  
Rectora

Dra. Lolynn Primera  
Vicerrectora Académica

Lcdo. José Ramírez  
Vicerrector Administrativo

Esp. Migdanys González  
Secretaria



**FONDO EDITORIAL UNEFM**

Dr. Freddy Rodríguez  
Director

Dra. Wilmara Borges  
Dra. Yudyth Revilla  
Dr. Jesús Madriz  
Dr. José M. Nava

## ÍNDICE GENERAL

Prólogo	8
Capítulo uno	10
Capítulo dos	17
Capítulo tres	23
Capítulo cuatro	30
Capítulo cinco	36
Capítulo seis	43
Capítulo siete	49
Capítulo ocho	55
Capítulo nueve	64
Capítulo diez	70
Capítulo once	78
Capítulo doce	86

A Yovaida Alejandra y a Régulo Erwin con inmensa gratitud.

## PRÓLOGO

Coro: un uno y un nueve, un dos y un ocho o la arquitectura del mito y la elocuencia de las sombras bajo la pluma de Calixto Gutiérrez

Entrar en las páginas de "Coro: un uno y un nueve, un dos y un ocho" es, ante todo, un acto de rendición ante la atmósfera. Calixto Gutiérrez no sólo nos entrega una novela; nos abre las puertas de una ciudad que, en aquel año de 1928, parecía balancearse peligrosamente entre el fervor religioso de un Congreso Mariano y el susurro conspirativo de las sombras serranas.

En esta obra, el Coro de barro y sol deja de ser un simple escenario geográfico para convertirse en un organismo vivo. El autor logra algo que únicamente los grandes narradores consiguen: que el lector pueda "oír" el silencio espeso de una noche sin estrellas y sentir el calor azuzado por las chicharras. A través de una prosa que rescata la cadencia del habla local y la elegancia de la época, Gutiérrez nos sumerge en una realidad donde los límites son difusos: ¿dónde termina el dato histórico del Benemérito y dónde empieza la angustia existencial de sus personajes?

La estructura de la novela es un juego de espejos. Por un lado, asistimos a la cotidianidad de las familias de "rancia prosapia", con sus protocolos y sus manuales de urbanidad. Por el otro, nos adentramos en la profundidad de los conucos y los caminos de la sierra, donde hombres como José Candelario y Santiago Pereira guardan lealtades que no entienden de leyes oficiales, sino de sagrados parentescos de sangre y sacramento.

Pero el verdadero triunfo de este escritor reside en la construcción de la tensión. El lector siente, junto a los protagonistas, el peso de un gobierno que "tiene ojos y oídos en todas partes". La presencia casi fantasmagórica de Rafael Simón Urbina —el "hombre bragado"— recorre el texto como

una ráfaga de viento que amenaza con desmoronar el orden establecido, recordándonos que, bajo la superficie de la paz oficial, siempre late el pulso de la rebelión.

“Coro: un uno y un nueve, un dos y un ocho” es una invitación a habitar el misterio. Es una obra que nos permite reconocer nuestras raíces en el rostro de un conspirador iluminado por la brasa de un cachimbo o en la fe de una ciudad que se engalana para recibir a príncipes de la Iglesia, mientras los soldados se ocultan tras las sotanas.

Al cerrar este libro tú, lector, descubrirás que ya no puedes mirar las calles de Coro de la misma manera. Calixto Gutiérrez ha logrado lo que sólo la literatura magnífica puede hacer: ¡ha convertido la historia en leyenda y el recuerdo en una verdad que nos pertenece a todos!

Sean bienvenidos a este viaje por el tiempo, donde el ayer no es pasado, sino una sombra que camina permanentemente a nuestro lado, en silencio, por las calles de Coro.

Yovaida Alejandra Dovale.

## CAPÍTULO UNO

La negra noche era espesa y silenciosa. Noche sin estrellas ni sapos cantando, sin cocuyos ni grillos; propicia para la componenda, favorable para las almas jacobinas. Hacia allá, hacia el norte, estaban Coro y Paraguaná, pero eso era allá, lejos. José Candelario, negro viejo y receloso, hecho uno con la noche estaba sentado sin camisa a la puerta del rancho de su conuco. Esperaba...

A ratos -solo a ratos- cuando le daba una calada al cachimbo<sup>1</sup>, una tenue luz rojiza intentaba iluminarle el rostro pero le ponía más bien un aspecto tenebroso a las duras facciones del conspirador, envuelto por momentos en una nube de humo denso.

Un débil ulular de búho lejano apenas perceptible rasgó la noche y José Candelario entró en el rancho. A tientas buscó sobre la mesa la lámpara de keroseno y la encendió. Ya en la deflagración inicial de la cerilla, por el rabillo del ojo notó al esperado huésped recién llegado a la puerta. Con calma litúrgica acomodó la brisera en su sitio y procedió a colgar la lámpara en un gancho que pendía del techo sobre la mesa:

-¡Buenas noches, compadre Candeche!

-¡Buenas noches, compadre!

-Usted perdone que lo haya hecho esperar tanto, pero es que el gobierno me tiene fuñío. De vaina no me agarraron en Coro...

-Así supe, mi compadre, así supe... Pero por ahora quédese tranquilo. Ahí en ése cajón están unas arepas y un pedazo de chivo salao y un pedazo de queso. En la taparita más chiquita está el café y en la otra está el agua. A lo que yo me vaya, apaga la

---

<sup>1</sup> Pipa artesanal hecha de barro y con canuto de madera. A veces, toda de madera.

lámpara y no vaya a estar prendiendo más candela que yo vengo en la mañanita temprano.

-¡Dios me le pague compadre Candeché, Dios me le pague!

-¡No hombre mi compadre! Qué más quisiera yo que echarme al monte con usted y servirle pa lo que sea con tal de tumbar este gobierno del diablo...

-¿Pudo conseguirme la cuestión aquella?

- Sí compadre. Ahí lo tiene en el catre, cargado y todo como usted me dijo.

Un fraternal abrazo sirvió de despedida y José Candelario se vino al caserío arropado con la noche serrana. Ya tendrían tiempo de ponerse al día con las últimas novedades cuando amaneciera. Ya le contaría él a su compadre en qué había venido a parar Carmelito González; ya le contaría él del capitancito ése que se la pasaba yendo y viniendo de Cabure a San Luis, de San Luis a Churuguara metiéndole miedo a todo el mundo y cogiéndose cuanta cosa le daba la gana a cuenta de que era oficial del gobierno.

Allá en el rancho, apenas repuesto del agotamiento y tras la humilde refección, el compadre se ha desvestido y busca el catre con la lámpara en la mano. Puesta la luminaria en el suelo recorre con ambas manos las colchas y da con el revólver que había encargado. El arma en la mano le transmite una sensación de seguridad; eso era lo que necesitaba para terminar de calmarse. Pensó en que un buen baño le vendría muy bien ahora pero sabía que en aquellas circunstancias no iba a poder satisfacer su anhelo y se acostó. Ya llegaría la mañana, ya podría.

De momento trataría de dormir a pesar del escozor general que sentía. Giró sobre su cuerpo, acercó la lámpara, levantó la brisera y sopló fuerte para apagar la luz.

Cuando llegaron las primeras claridades del día, José Candelario, que estaba en pie desde temprano se decidió a salir con rumbo al pequeño fundo.

Poca cosa sembrada por aquellos días lo entretenía en sus predios. Y con la escasa siembra, media docena de vacas mansas y tres becerros. Tenía convenido, eso sí, un negocio de madera con un señor de Cabure para venderle un buen número de estantillos, pero estaba esperando a que el negro Santiago Pereira se desocupara de otros asuntos, porque para cortar madera derechita el negro Santiago estaba mandado a hacer.

Cantando frases indiferentes, y con las riendas del burro en la mano derecha, José Candelario llegó al fundo, traspuso la cerca y fue a asegurar la bestia bajo un frondoso Caracaro. Por entre las rendijas de una ventana cerrada su compadre lo observaba con el revólver en la mano. Con cuidado empujó una de las hojas de la puerta y entró:

-¡Buenos días, compadre! ¿Cómo amaneció?

-¡Buenos días, compadre Candeché! Amanecí muy bien. Figúrese que dormí hasta que lo sentí a usted junto a la puerta...

-Déjeme abrir las ventana pa que entre la gracia de Dios, compadre. Ya le atiendo. Tenga éste jaboncito pa que se bañe y aquí ta un paño limpio que traje de la casa. Vaya pa la quebrada mientras yo pongo la candela.

Uno hacia el fogón y el otro hacia el fondo de la casa, los dos hombres se pusieron a lo suyo. José Candelario tenía todo listo cuando se abrió la portezuela que da al fondo y entraba de nuevo el compadre recién aseado. En un santiamén puso la mesa y los dos hombres se sentaron a desayunar.

-Deme razón de la comadre María Marcelina y de los muchachos.

-Todos bien gracias a Dios y a La Virgen, no me puedo quejar.

- ¿Cómo ve la cosa por aquí? ¿Cómo está mi causa?

-Bueno compadre, usted sabe que por aquí lo apoyamos la mayoría pa no decir que todos; pero la gente tiene miedo. Y dígame ahora que ha llegado ése capitancito gocho, uno que mientan Useche. A mí mismo me paró el otro día y me retuvo un rato y me amenazó con pasarme pa Coro. Los soldados vinieron pa acá y también fueron pa la casa. Me revolcaron los corotos y las maticas buscándolo a usted porque yo y que lo tenía escondío aquí.

-¡Perdóneme compadre! Usted no tenía por qué estar pasando por estas penurias.

-No se preocupe por eso, ya le dije que si yo tuviera cómo me echaba con usted al monte...

La conversación giró hacia la situación del país y hacia el ejercicio de gobierno. José Candelario supo del alzamiento fracasado, del arresto de los complotados, de los encarcelamientos injustos y de los juicios sumarios que terminaron en fusilamiento:

-Vea mi compadre, hay una vaina que llaman “la ley de fuga” y consiste en que el funcionario tiene que garantizar siempre la posesión del preso hasta la cárcel o hasta el tribunal, o hasta donde sea que se lo van a llevar. Si el preso se escapa, el funcionario que está armado tiene el deber de inutilizarlo para impedir que se fugue, porque un delincuente fugitivo es peligroso... Ah bueno compadre, yo he sabido que se llevan a los hombres y por ahí en algún lugar del monte los engañan diciéndoles que se vayan, que los van a dejar escapar porque se condolieron de ellos; entonces cuando las criaturas se alegran y salen corriendo los matan por la espalda.

De ahí entonces traen su juez y él deja asentado que por el tipo de herida no hay duda de que el prisionero intentaba escapar...

José Candelario se santiguaba y alternaba las jaculatorias piadosas con maldiciones y exclamaciones rayanas en la blasfemia para expresar su indignación a causa de lo que iba escuchando:

-Pero por estos días yo me voy a quedar quieto compadre, me voy para Curazao o para Colombia hasta que la cosa se calme un poco. Sé que el obispo Castillo anda organizando algo desde el año pasado y él tiene miedo de que yo no lo deje hacer nada. Pero además, el gobierno me quiere poner una trampa con eso de diciembre porque piensan que yo no voy a perder la ocasión de intentar algo con ése poco de obispos y curas que van a venir a Coro. Y como también viene el embajador del Papa y dicen que hasta el rey de España...

José Candelario quiso saber más sobre el tal Congreso Mariano de Venezuela y el compadre le contó lo que sabía al respecto. A su turno, José Candelario pasó a contar la situación de la causa, las presiones del gobierno sobre los jefes locales, y cómo se hallaban las delaciones y las zancadillas a la orden del día.

-Tenga cuidado compadre Candeché, vea que vivimos días de traición. Ahora el dicho es: *interés ¿cuánto valés?*

- Justo de eso le iba a hablar yo mi compadre; el capitán Useche tiene de su lado a Carmelito González

-¿El compadre Carmelito está con el gobierno? ¡Yo sabía esa vaina! Yo me lo esperaba...

Entonces José Candelario pasó a contar cómo el capitán Useche se hallaba en tratos con Carmelo González desde hacía ya unos meses. Que se reunían en el conuco de González y que allí se avituallaban las tropas

con lo que Carmelo recogía de otros productores y campesinos de la zona, y que probablemente, Useche estuviera cortejando a Eufrasia la hija mayor de Carmelo González que ya rondaba los dieciséis años.

Un silbido a la puerta del fundo hizo que ambos hombres se callaran. Sigilosamente, José Candelario se asomó a la ventana. El compadre, que con felina agilidad había tomado el arma que reposaba en el catre se escondió tras la pared que daba hacia el pequeño fogón donde hasta hacía poco habían estado comiendo y charlando.

-¡Negro Santiago Pereira! Gran carajo, vos si te vendés caro –dijo José Candelario desde la ventana y el compadre en su escondite recobró la calma-

José Candelario hizo pasar al recién llegado y sacó del rancho un par de sillas para conferenciar del lado afuera de la casa alegando el calor que hacía dentro.

-Y no es na Candeché, poneles cuidao y oí las chicharras, esas diablas están azuzando al sol -sentenció Pereira-

Entonces, José Candelario puso en autos a Santiago del asunto para el cual lo requería: se trataba de cortar mil estantillos para enviarlos por lotes a Cabure. Que había que empezar pronto porque el primer viaje de bestias iba a llegar pronto y la idea era descansar a los animales uno o dos días antes del viaje. Allá descansarían un día y los volverían a traer. Así sucesivamente hasta que completaran el encargo. Pereira estuvo de acuerdo y convinieron en que al día siguiente, bien temprano, comenzaría la faena.

Cerrado el trato el negro Santiago regresó a su casa. José Candelario entró al rancho a finiquitar otros asuntos con el compadre y le explicó lo conveniente de aquel trajín para despistar a los espías y mantener alejados a los curiosos.

-Ponga la tranca en la puerta del fondo que yo tengo que echar candado a las argollas en la puerta del frente para no levantar sospechas, compadre

-Dios le pague compadre Candeche, Dios me le pague...

## CAPÍTULO DOS

Cuando la señora Mercedes llegó a su casa, su marido le pidió explicaciones detalladas de la reunión, como era de esperarse. Ventilaron entre ambos los asuntos tratados y por supuesto que cayeron en los mismos cuestionamientos que desde hacía varios meses los ocupaban:

-No, Gerardo, de ninguna manera. Si todo el mundo en Coro va a colaborar nosotros no vamos a ser menos que nadie. Yo ya me ofrecí para recibir y atender por lo menos a dos personas y mañana mismo le mando un recado a Véliz para que venga y vaya acomodando esa pieza de atrás ¡Faltaría más! Si hasta los masones van a colaborar con monseñor Castillo...

-¡Bendito sea Dios contigo, Mercedes! Si yo no digo que no se haga. Lo que yo digo es que tal vez ahora no sea conveniente. Éste año ha sido duro para el gobierno. Yo entiendo que mi general Gómez quiera “*unión, paz y trabajo*” pero aquí hace veinte años que eso es muy difícil...

-¿Y eso es culpa de quién? ¡Del mismo Gómez! –sentenció la señora Mercedes-

-¡Mercedes! ¡Por Dios santísimo que pueden oírte! –intentaba Gerardo sonar conciliador- Mira que el general Gómez tiene oídos en todas partes. Y más en Coro... ¡Aquí todo el mundo es gomecista!

-Bueno -dijo Mercedes bajando la voz- todo el mundo no...

El señor Gerardo derivó hacia otro punto la conversación muy rápidamente y vino a saber que ya habían empezado a llegar las primeras medallitas para su venta y distribución masiva. También estaban a punto de llegar unos banderines de lienzo blanco timbrados de azul que se debían poner en las ventanas para los días del congreso de modo que

todas las calles lucieran adornadas. Mercedes le contó que los trabajos de la catedral ya estaban bastante adelantados y que por orden del Benemérito General Juan Vicente Gómez se instalaría una nueva planta eléctrica en el templo para que pudieran ofrecerse las funciones litúrgicas y las sesiones del congreso aunque fuera de noche.

Supo también que la venta de los bonos a favor del Segundo Congreso Mariano de Venezuela iba viento en popa.

-¡Ya tú vas a ver, Gerardo! ¡Ya tú vas a ver! ¡Esto cambiará la historia de Coro para siempre! ¡Tú vas a ver!

Cada vez que la señora Mercedes venía de esas reuniones preparatorias llegaba eufórica a su casa. Se dolía de una cierta indiferencia generalizada y acusaba de ignorantes a sus paisanos por no exaltarse todos con el mismo ánimo que impulsaba al obispo Castillo. No entendía por qué a nadie le resultaba extraordinario y maravilloso que los obispos del país se reunieran en Coro con el nuncio apostólico a la cabeza.

Ya se decía que vendría el hermano Nectario, que vendría también el rector del seminario Santa Rosa; que por obvias razones no asistiría el obispo Montes de Oca, que el general Gómez enviaría un delegado especialísimo; que, dicha sea la verdad, ella preferiría que fuera el doctor Arcaya porque quién mejor, claro estaba.

Se sabe que van a sortear las casas de las familias que se inscriban para ver a quién le toca atender a tanto invitado. Que por orden del presidente del estado van a convertir la casa de gobierno en posada si hace falta... Aquí se detenía para hacer una pausa y se alegraba de que semejante evento hubiera acontecido bajo la administración del general Argenis Asuaje, quien que le resultaba más simpático que el general León Jurado.

Cuando en la reunión de junio se comunicó al comité ampliado que el obispo de Coro había despachado invitación al rey Alfonso XIII creyó morir de orgullo y alegría; pensaba en que para la ciudad no habría más

grande honor que aquella visita. Tal vez por eso mismo se sintió morir cuando al poco tiempo se informó al comité la declinación del monarca español acusando un clima políticamente convulso en la madre patria.

La señora Mercedes pensó en que para nada había hecho traer desde Curazao un vestido negro muy apropiado y el “*Manual de nuevos usos y modales en el trato con la nobleza europea*” que bien caros le habían costado.

Luego estaba el hombre ése, el tal Urbina, que con sus actividades guerrilleras no daba tregua al gobierno. Es que cómo dice el padre Perdomo “*gobierne quien gobernare, Rafael Simón está en contra*”

Lo del hombre ése es pelear contra quién sea, después buscar el por qué. Capaz que viniera también a echar a perder el Congreso Mariano. No sería de dudar porque ése bandolero tiene estómago para eso y más. No se entiende cómo no se ha podido dar con él, porque francamente.

-Claro que uno era más de Castro que de Gómez, pero ya que Gómez es el presidente no queda de otra...

¡Mercedes, por favor, vamos a dormir, mira que es tarde; ya casi son las nueve!-rogaba el señor Gerardo-

Y al fin, la larga perorata cesó...

En otra habitación, Gerardo José, el único hijo, esperaba el momento justo en que sus padres se retiraran a su cuarto para escabullirse por la puerta de agua hacia la calle. Por ser viernes no se iría por los predios de Monteverde o de Las Panelas sino que cogería más bien hacia El Pantano donde su contribución siempre era bien recibida: una botella de buen ron nunca está de más en la noche de un viernes.

Por los lados de la calle Batalla de Ayacucho, hacia el norte, se escuchaba el rumor de unas risas y el sonido inconfundible de las piezas de dominó al ser revueltas sobre la mesa.

-¡Espérate Canuto! ¡Espérate! Allá viene el patiquín... -se oyó murmurar una voz-

Saliendo de entre las sombras y blandiendo la botella hacia el pequeño grupo, dijo Gerardo José por todo saludo:

-Si van a seguir con la mariquera ésa de llamarlo a uno patiquín nada más porque vive en una casa del centro me avisan que me devuelvo...

Todos rieron e hicieron lugar al recién llegado, pero de momento no se unió a la partida. La botella que estaba abierta duró bien poco y entonces fue el turno de la que había llevado Gerardo José, y a esa siguió otra como sucedía habitualmente.

Después, sería la vuelta por los callejones y recovecos de la ciudad con grande griterío:

-¡Viva Riera, aunque me muera de hambre! ¡Viva Rafael Simón Urbina, carajo! ¡Abajo Gómez!

Y luego la muchachera a correr y a reír como locos por la travesura. Entonces Gerardo José regresaba a su hogar y entraba por la puerta de agua para volver a ser un patiquín común y corriente.

Levantarse temprano era una práctica imposible para él aunque se tratara de un día laborable. Una vez terminada la escuela ahogó sus aspiraciones universitarias porque Caracas queda muy lejos, Maracaibo es muy caliente; y Mérida es más lejos y muy fría. Y porque pensándolo bien no debía esforzarse mucho para heredar cuanto hasta ahora había sido de sus padres.

Se le aconsejaba, eso sí, en que al elegirse novia debía calcular muy bien el movimiento para no echar en saco roto el patrimonio familiar.

Lo malo era que -según había sabido- a las niñas de bien se las advertía contra él tildándolo de vago y asignándole otros epítetos que convenía no recordar.

Por eso, hacía días que pensaba en colocarse como ayudante o dependiente en “La Casa S” y obtener así un empleo decente. Suponía - y esto era cierto- que a su padre le bastaría con dar una vuelta por aquel establecimiento para obtener la plaza en favor del unigénito; y como esto era así de fácil y seguro, no veía por qué apurar la diligencia. Total que él aún era joven y podía invertir un poco más de tiempo en las sanas diversiones que hasta ahora le habían ocupado.

Pero por lo pronto era sábado y convenía levantarse para iniciar los rituales de aseo y desayuno, y para dejar que las mujeres del servicio entraran a su cuarto para recoger sus desastres y limpiar la habitación. Porque esto de ser patiquín tiene sus complicaciones...

El almuerzo transcurrió todo él en calma, lo que era habitual en su casa. Lo que si podía resultar entretenido o aburridor era la sobremesa de obligatorio cumplimiento. En el tema siempre iba adelante la señora Mercedes y por ella se marcaba la pauta para lo aburrido o entretenido. Últimamente no se hablaba de otra cosa que no fuera el dichoso congreso mariano y los *in tringulis* que el evento suponía.

La señora Mercedes era para nada prudente y se expresaba libremente sin mirar para los lados a diferencia de su marido que era todo comedimiento y discreción. En julio, con los sucesos de Cumarebo, se avivaron los temores de que Rafael Simón Urbina intentase algún sabotaje durante el congreso mariano.

“El traidor” o “El traidor Urbina” como se lo llamaba en predios oficiales y oficialistas ponía a temblar a mucha gente y provocaba copiosas sudoraciones a la sola mención de su nombre. Y aunque de “aquello de

Cumarebo” el gobierno salió triunfante por mano del general Jurado, la señora Mercedes no se arredraba:

-¡Coro está desprotegida! ¡Desguarnecida! Bien que el presidente Castro había planeado la construcción de un nuevo cuartel... ¡Eso hacía falta! Pero no, no lo terminaron ¿A quién se le ocurre hacer un hospital civil, Dios mío? ¿A quién? ¡Al general Jurado nada más!

-¡Mercedita, por Dios! –la reconvino su marido-

-¡Ningún por Dios, Gerardo! ¡Ningún por Dios! ¿Qué va a pasar si el hombre ése, el Urbina se aparece echando tiros? ¿Quién lo contiene? ¿Dónde está el ejército? ¡No, no, no..!

Y una vez más el señor Gerardo trataba de moderar los ímpetus de su esposa reconviniéndola cariñosamente:

-¡Mercedes Albertina, por amor de Dios! tengamos cuidado. Mira que el general Gómez tiene ojos y oídos en todas partes, querida. Aquí en Coro todo el mundo es gomecista...

-¡Ningún! ¡Ningún! –dijo mientras se inclinaba sobre la mesa y bajaba el tono- ¡Los corianos somos gobernemos! Y por eso siempre estamos con el que mande...

## CAPÍTULO TRES

Santiago Pereira llegó bien de mañana al fundo de José Candelario para iniciar temprano la faena del corte de maderos. Siguió derecho hasta lo más profundo de la posesión para empezar allá lejos los trabajos e ir subiendo con la labor de tala progresivamente. Así, a medida en que se fueran sucediendo los días iría quedando cada vez más cerca de la casa, por lo que caminaría cada vez menos para el acarreo de los postes.

Como su padre, el difunto Primitivo Pereira, era guapo para el trabajo y jamás escatimaba esfuerzos si había que ganarse la vida honradamente.

Santiago era apenas un niño de pecho cuando a su padre le picó el gusano de la revolución y de las ganas de cambiar las cosas para bien. Primitivo, a quien llamaban “Primito” se batió en Churuguara contra las huestes del Mocho Hernández y a las órdenes del general Gregorio Segundo Riera a quien acompañó en sus idas y vueltas de Coro a Caracas, en el exilio, en la invasión; pero Primito murió en Curazao añorando su patria y su familia.

A fin de cuentas, sepultura en tierra ajena era la única promesa que podían cumplir los caudillos a quienes los seguían en sus aventuras, y eso, si quedaba algo de cuerpo para sepultar.

En sus treinta, y padre de tres muchachos, Santiago Pereira se daba al trabajo sin meterse en vainas de política siempre atento para evitar a las comisiones de reclutamiento que cada cierto tiempo aparecían por ahí; o bien, siempre atento también para enfriar la cabeza de los hijos cuando surgiera alguno por aquellos lares hablando de revolución y justicia social.

-¡Uno es pobre porque Dios lo quiso, pero es pendejo porque uno quiere!- solía decir el negro Pereira.

Eso sin embargo no le quitaba las simpatías que ciertos movimientos y personajes le causaban, y por eso, el mayor de los muchachos que andaba ya en los trece años se llamaba Rafael Simón.

-¡Hombre pa bragao ése Urbina; María Purísima! ¡Hombre pa bragao!

Eso era todo lo que solía decir para expresar su admiración, pendiente siempre de a quién se lo decía, cuidándose todo el tiempo de quién lo escuchaba.

Ahora, mientras abatía los árboles con su hacha, justo pensaba en eso:

-¡Hombre pa bragao ése Urbina; María Purísima! ¡Hombre pa bragao!

Con un largo silbido anunció José Candelario su llegada al fundo poco después de las siete de la mañana. Allá abajo, en lo profundo de la hondonada casi selvática Santiago Pereira escuchó la señal y se dio por enterado.

Cerca de las nueve escuchó un segundo silbido y comprendió que lo llamaban. Ascendió lentamente al largo trayecto dejando allá abajo el hacha y el machete que había traído para trabajar. José Candelario lo esperaba con la mesa servida:

-¡Ah diantre Candeché! Esto es mucha molestia. Yo traje mi mapire<sup>2</sup> con mi arepita y mi dulce, y cargo mi agua también...

-De ninguna manera es molestia Santiago, de ninguna manera. Más bien déjese de funcia y asillétese<sup>3</sup> pa que coma.

---

<sup>2</sup> Bolso tejido de fibra vegetal que se cuelga en bandolera para transportar víveres o pequeños enseres.

<sup>3</sup> Barbarismo por "siéntese" derivado del nombre "silleta" que se le da a algunas sillas.

Café recién hecho servido en humeantes totumas, un par de arepas peladas, un pedazo de queso; algunas naranjas y cambures constituían lo servido.

Mientras comían, los hombres ajustaban los detalles del trabajo y la entrega. José Candelario esperaba las bestias de carga para éste mismo día y Santiago ofreció tener listos doscientos palos para la tarde siguiente. A ése ritmo, cinco viajes bastarían para completar el pedido, lo demás dependía de cómo se comportaran los animales.

Pared por medio, en la pieza del fogón, el compadre escuchaba atento toda la conversación con aire tranquilo pero con el revólver en la mano. Pensaba en que no le convenía estar más de tres días en el mismo punto y que debía salir de allí para marchar a Churuguara, luego a Barquisimeto.

Dudaba ahora mismo si lo más conveniente sería más bien buscar sin rodeos los caminos de Puerto Gutiérrez y salir por allí hacia Curazao.

Se sabía buscado, se sabía tasado por el gobierno y codiciado por mucha gente que veía en el hecho de entregarlo la oportunidad de ganar plata y ganar, de paso, la aprobación del presidente. A él lo buscaban vivo o muerto.

Cuando terminaron el desayuno, José Candelario recogió las cosas y aceptó las excusas del negro Pereira que volvió al trabajo alegando que apenas comenzaba y que todavía faltaba mucho si se pretendía cumplir con la primera cuota de entrega.

Ni bien salió Santiago del rancho el compadre vino a la mesa:

-¡Dios le pague lo que hace por mí, compadre Candeché! ¡Dios le pague!

-¡Amén, mi compadre, amén! Pero vea que me malhaya de no estar en uso de todas mis fuerzas para echarme al monte con usted.

Yo tomo esto como mi forma de ayudar a la causa. Esto es todo lo que puedo hacer...

-Cuando recuperemos la patria, usted no se quedará sin recompensa, yo sabré reconocerlo mi compadre, se lo juro por Dios...

-No me jure nada mi compadre, eso no hace falta. Usted sabe que cuenta con José Candelario Medina pa las que sean.

Los hombres conferenciaron largo rato considerando todos los escenarios posibles y analizando las circunstancias que se habían ido suscitando en las últimas semanas. José Candelario convino en que era preciso dar una lección a Carmelito González porque así también cobraba lo suyo el capitán Useche. Eso sí, insistía en que nada de infligirle heridas porque atentar contra un compadre de uno es pecado grave estando de por medio el lazo del sacramento. También, estuvieron de acuerdo en que era preciso despistar a los agentes del gobierno haciéndoles creer que se tomaba un rumbo tierra adentro y buscar una salida rápida hacia Puerto Gutiérrez o hacia Los Puertos de Altagracia para buscar el rumbo de Curazao, o de Colombia tal vez:

-Allá en Colombia el presidente es del partido de los conservadores pero uno tiene su gente que lo apoya y le presta auxilio.

Para José Candelario los nombres de Curazao y Colombia eran términos que se referían a puntos lejanísimos y la mención a un partido de conservadores no tenía mayor significado; lo suyo era prestar atención al compadre y colaborar con él tanto como le fuera posible.

-Pues sí compadre Candeche, si hoy llegan las bestias y mañana salen cargadas para Cabure, yo aprovecho y me voy con la carga. Así paso porque mi compadre Carmelito pa dejarle los saludos al gobierno...

-Vaya viendo lo que le dije: un compadre es como un hermano de sangre pa uno; no se vaya a echar encima un pecado tan grave...

-Estése tranquilo mi compadre que a ésa sabandija la voy a usar yo pa mandarle su mensajito al capitán Useche. Pero usted va a tener que ayudarme todavía otro poco hasta mañana en la tarde. Yo ya tengo un plan pa salir bien librado de todo esto...

Haciendo cálculos y ajustando detalles pasaron el resto de la mañana. Al mediodía, José Candelario asó un costillar de chivo y unas cuantas yucas que acompañaron con queso y café.

-Voy a necesitar que usted me preste ése baúl que tiene ahí, que me preste éste revolver y me consiga unos pedazos de lona... ¿Qué hizo el máuser que yo le regalé la otra vez? Si lo tiene en su casa tráigamelo también que me va a hacer falta.

Terminaban de comer cuando dos hombres llamaron a la entrada del fundo. José Candelario los reconoció enseguida y los hizo pasar. Con ellos traían un burro y tres mulas para el transporte de los maderos.

El anfitrión, alegando las incomodidades del humilde rancho se llevaría a los viajeros hasta su casa para que se refrigerasen y descansaran. Insistía en que allá podrían colgar sus chinchorros en mejor lugar y podrían ser mejor atendidos, que no se preocuparan por las bestias, que allí estaban bien seguras.

Los hombres fueron quitando los aperos a los animales y los iban poniendo en la salita del rancho. En la pieza del fogón, oculto y atento estaba el compadre con el revolver en la mano. Sólo restaba esperar unas pocas horas más y poner el plan en marcha.

Caía el sol y la noche principiaba cuando escuchó el paso firme pero cansado de Santiago Pereira que salía del fundo cumplida ya su primera jornada.

Calculó que Pereira estuviera fuera del fundo y entonces sí, encendió la lámpara para no cenar a oscuras.

Sobresaltado tras un sueño bastante accidentado, despertó de madrugada. Calculó que eran las cuatro de la mañana o que en poco lo serían y entendió que debía apurarse para no coincidir con el negro Pereira y ser visto por él antes de lo conveniente. Por la puerta del fondo salió hacia la quebrada para asearse después de satisfacer sus necesidades fisiológicas. Luego decidió, así en la penumbra, rodear la casa por el hecho de caminar un poco. Se decía a sí mismo que enloquecería a causa del prolongado encierro. Miró al este en el horizonte y comprendió que en poco más amanecería. Entró y se recostó.

Sin buscarlo, pero por estar acostado, volvió a quedarse dormido; tanto que no sintió llegar a Santiago.

Alrededor de las siete de la mañana llegó José Candelario cargado de viandas y víveres. Mientras conversaban estuvo el café y se iba preparando el desayuno a base de arepas peladas, huevos con cebolla de rama y suero de leche de cabras.

José Candelario estuvo conforme cuando comprendió todo el plan de huida: habría que dejar secuestrados a los que habían venido de Cabure, bueno; eso sólo si se resistían a colaborar. Tampoco era mucha cosa, se trataba de retenerlos al menos veinticuatro horas. Por supuesto, era preciso tomar como compañero a Santiago Pereira para el camino hacia Cabure aunque hasta Cabure llegaría Pereira solo. Él se llegaría hasta lo de Carmelito, lo asustaría un poco y luego se echaría al monte buscando hacia Coro; después de todo no hay mejor escondite que el lugar más evidente. No te buscarán allí donde todos dan por sentado que sería una torpeza estar.

Uno no se hace un personaje, a uno lo hacen eso los rumores, las exageraciones de la gente que cuenta lo que no conoce y atestigua lo que no ha visto nunca. En aquel soliloquio, asintió cuando se dijo:

-¡Más vale maña que fuerza!

## **CAPÍTULO CUATRO**

Gerardo José estuvo caminando por los lados de la calle Manaure, al sur de la ciudad, como quien va para Las Huertas por los rumbos de Monteverde; pero como no encontró a los muchachos de su cuerda resolvió volver sobre sus pasos hacia el centro, total que ya en poco serían las seis de la tarde y era mejor estar en casa para la cena.

Al pasar frente al recién construido templo de san Antonio de Padua evitó saludar a un fraile agustino amigo de sus padres a quien vio entretenido con un grupo de personas.

Se imaginó que la conversación iba en torno al congreso mariano porque por aquellos días no se hablaba en Coro de otra cosa. También él lo anhelaba, no porque fuera particularmente piadoso o devoto sino porque pensaba en que una vez realizado el evento ya no se hablaría más del asunto.

Bastante tenía con que su madre no tuviera otro tema de conversación.

Al pasar el templo inmediatamente cruzó a la izquierda y caminó un par de cuadras antes de cruzar a la derecha en la calle Juan Ampíes. A medida que pasaba frente a algunas casas recibía corteses saludos a los que correspondía con igual cortesía o con algún desgano según quién lo saludara. Se había echado al medio de la calle porque a ésa hora las angostas aceras estaban ocupadas por sillas, bancos y poltronas que la gente sacaba para esperar la noche frente a su casa.

El calor es una excusa, la gente se sienta al frente de su casa para averiguar quién pasa y quién no, pensaba Gerardo José. Ahí sí concedía a su madre toda la razón: la gente de bien no se sienta al frente de su casa ni saca muebles a la calle. No, señor.

-¡Adiós Gerardito, saludes a la señora Mercedes!

-¡Adiós Gerardito, saludes a la señora Mercedita!

-¡Adiós Gerardito, ándate con fundamento!

-¡Adiós Gerardito! Tené juicio mijito...

Gerardo José, apenas levantaba la mano derecha llevándola hasta el ala del sombrero, y para atenuar la indignación que lo consumía, fingía sonreír haciendo una leve y sesgada inclinación de la cabeza.

Poco a poco se llegó hasta la esquina del Teatro Armonía y como no quiso quedarse allí con quienes lo saludaron, fue a sentarse en la placita del padre Navarrete.

Los trabajos de la catedral ya se habían detenido por aquel día pero el vetusto templo estaba todo tejido de andamios por fuera.

Una banda ensayaba en el Club Bolívar y los acordes llegaban con claridad a donde estaba Gerardo José. Una y otra vez se reiniciaban los compases tratando de que por fin saliera bien aquel merengue de moda en Caracas, y que sólo por eso, todos debían escuchar.

En un momento se estiró de brazos y piernas para despojarse del aburrimiento y puso rumbo a su casa para cenar temprano.

Nicasia, la señora de servicio, le dijo que sus padres se hallaban invitados a una reunión y que luego cenarían con el comité del congreso mariano; que informara a qué horas quería comer. Tras el breve intercambio de palabras él le dijo que se bañaría para cenar inmediatamente. Tenía planeado salirse por la puerta de agua hacia El Pantano como la otra noche y le pidió a Nicasia que no fuera a trabar aquella puerta.

La sobrina de Nicasia solía acompañarla los sábados para ayudarla en las labores de la casa, algo que el señor Gerardo y Mercedes habían consentido a cambio de las comidas del día y de alguna que otra eventual propina. Con diecisiete abriles, la moza en cuestión era una muchacha de buen ver, modosa, circunspecta pero no inocente y que estaba muy lejos de ser pendeja.

Se sabía admirada por Gerardo José y por otros muchachos. Saberse deseada le exacerbaba la natural picardía y la llevaba a conducirse con un cierto desparpajo a la hora de hablar con el joven de la casa.

Claro, la tía ni corta de perezosa la vigilaba de cerca y eventualmente la reprendía para que no anduviese de coscolina:

-¡Dejate de andar con friterías Eloína, déjate de friterías!

-¡Jesús, tía! Eso es jugando, echando broma...

-¡Poné cuidado, que jugando lo mete el perro!

Nicasia conocía mucho de esos juegos y en prueba de ello tenía nueve criaturas, de los cuales sólo los dos últimos compartían el mismo padre. Y es que antes de recogerse con Sótero Gutiérrez, Nicasia también anduvo de frita<sup>4</sup>.

Del segundo patio regresaba Eloína cargando un canasto de ropa limpia y seca que había ido a recoger.

Gerardo José, envuelto en una toalla iba desde el baño a su habitación y se detuvo para contemplar las formas de la trigueña adivinándole bajo la blusa los senos en libertad. Sonriente y sonrojada la muchacha le hizo una mueca mostrándole la lengua y echándose a reír y no evitó pasar por el mismo pasillo en que la esperaba el lúbrico admirador.

El muchacho abrió la puerta de la habitación:

-Pasa Eloína, y me dejas mi ropa ahí en la cama que yo la acomodo después...

Una discreta carcajada precedió a la respuesta de la muchacha:

---

<sup>4</sup> Frita: Expresión coriana para acusar de casquivana a una muchacha.

-¡No mijo! Qué va... Aquí hay pura ropa de los señores. La tuya la recoge mi tía. Pero ya le digo que te la traiga.

Sonrió el joven al ver frustrada su treta y le dijo:

-¡Ah pues! Yo no te voy a hacer nada...

-Entonces ¿para qué voy a pasar si no me vas a hacer nada? –dijo la muchacha mientras volvía a reír y a reemprender su marcha hacia las habitaciones

A propósito pasó muy cerca del muchacho y éste no perdió tiempo para arrimarse a ella tanto como pudo y para decirle en un tono que sólo ella pudo escuchar:

-¡Yo te voy a coger Eloína! ¡Te voy a coger!

Una sonora carcajada de la muchacha resonó en los corredores del vetusto caserón mientras ella se alejaba. Al punto salió Nicasia de la cocina y con cara de pocos amigos le avisó a Gerardo José que la cena ya estaba lista.

Tras vestirse y acicalarse sin apuro alguno el muchacho se dirigió a la cocina para tomar la cena en el gran mesón que había allí. De haber estado sus padres no se habría permitido semejante trasgresión seguramente, pero pensaba en que da lo mismo dónde se coma cuando uno tiene que comer solo. Nicasia, que ya había despachado a la sobrina, iba y venía atendiendo a varias cosas al mismo tiempo pero sin dejar de vigilar al joven comensal.

Comió con calma, con delectación, y dio cuenta absoluta de cuánto le habían servido. Cuando hubo terminado salió al patio principal para tomar un poco del fresco de la noche y se sirvió una copa de vino dulce y un trago generoso de licor de anís

-¿Sabes Nicasia? Yo hubiese preferido un palito de cocuy. Es mejor para hacer la digestión.

-¡Chacho! Se muere tu mamá si entra una botella de cocuy en esta casa.

Ambos rieron de la ocurrencia y aprovechando el ambiente de confianza Nicasia se puso a reprimirlo suavemente valiéndose de la cantidad de años que tenía al servicio de su familia. Le hizo ver cuánto debía ella a la señora Mercedes y al señor Gerardo, cuánto le habían ayudado en el pasado cuando estuvo desasistida.

Le contó del terrible embarazo que tuvo su mamá cuando lo esperaba a él, de lo que difícil que había sido traerlo al mundo y él le agradeció que desde entonces ella se hallara al servicio de su familia.

Nicasia le reconvino sobre esos amigos que tenía por El Pantano y sobre los vagos esos de por allá de Monteverde que bien podrían hacerle más daño que favor. Le exhortó amablemente una y otra vez a que pusiera de su parte y tuviera juicio porque el tiempo pasa muy rápido y cuando uno menos acuerda se le ha pasado la juventud.

Cuando llegó al punto de Eloína, Gerardo José intervino con ánimos de aquietarla:

-No chica, tranquila. Eso es puro juego...

-Por eso mismo te lo digo Gerardito, y ya se lo dije a ella: cuidado con una vaina, porque jugando lo mete el perro.

De poco más estuvieron conversando hasta que llegó la hora en que Nicasia debía marcharse a su casa. Hacía rato que Sótero Gutiérrez esperaba en la calle como cada noche para acompañar a su mujer.

Solo en casa, Gerardo José volvió a su cuarto para tumbarse en la cama y esperar así a que llegaran sus padres.

En cuanto éstos se fueran a dormir, él se escabulliría por la puerta de agua hacia los lados de El Pantano, jugaría al dominó y tomaría ron o cocuy, según lo que tuvieran a mano los muchachos; y es posible que también, hecho el pendejo, pasara por el frente de la casa de la abuela de Eloína.

La vieja ésa tenía fama de trasnochadora y se sabía que los fines de semana se quedaban hasta tarde echando cuento en la acera, frente a la casa.

La abundante cena y el par de copas que a propósito o con excusa de digestión había tomado comenzaron a sumirlo en un leve sopor. Sentía alentarse y cabeceaba con la firme resolución de no dormir.

Unos toques suaves e insistentes lo despabilaron. Al otro lado de la puerta distinguió la voz de Nicasia:

-¡Gerardo José! ¡Gerardito, mijo! Dice tu mamá que te levantes y te apures que ya dieron el primero.

Sólo entonces lo comprendió todo: había amanecido el domingo. Él se había quedado profundamente dormido.

De la misa en San Francisco se fue con su familia, con algunos vecinos y con muchos paseantes a la plaza Bolívar para la consabida retreta dominical. De nuevo sonó el merengue que había oído ensayar, y esta vez, sí salió bien.

## CAPÍTULO CINCO

Los dos hombres que habían venido de Cabure terminaron de aparejar las bestias y distribuyeron eficazmente las cargas para partir con la caída del sol a fin de hacer rendir a los animales sin agotarlos en extremo. Veinticinco palos a cada lado del animal para llevar doscientos estantillos en cuatro bestias.

Cuando todo estuvo listo, José Candelario los hizo pasar al rancho y les informó que habían de ser retenidos otro día más aunque la carga sí saldría para su destino; pero en otras manos.

-¡Pero Candeche! ¿Y cómo es eso que nos vamos a tener que quedar hasta mañana? ¿A cuenta de qué?

Comprendiendo la contrariedad de los viajeros y previniéndose ante una reacción violenta, el compadre salió de la pieza del fogón donde había estado todo el tiempo escondido. Traía en la mano el revólver pero se mantenía impassible. Con acento sereno acotó:

-A cuenta de un favor personal que no les cuesta nada...

El mayor de los dos hombres, visiblemente impactado, retrocedió un poco y se quitó el sombrero.

-¡Caramba! Si es un favor para usted no se diga más, yo hasta tres días me quedo.

El otro viajero permanecía en silencio y al escuchar a su compañero no pudo evitar poner cara de gran sorpresa.

-¡No hace falta tanto! Deme veinticuatro horas nada más. Y cuente con que su carga llega segura a donde va; yo le empeño mi palabra

Y el hombre se acercó al viajero para estrecharle la mano en señal de pacto. Luego preguntó:

-Compadre Candeché... ¿Tendrá por ahí un palito de cocuy para brindar con estos amigos?

-Aquí no tengo, pero deje que voy a la casa y lo traigo. Así nos da tiempo para esperar al negro Santiago que quedó en venir más tarde a cobrar un adelanto.

José Candelario marchó a su casa. Todavía faltaba embaucar a Santiago Pereira pero él esperaba que aquello no supusiese mayor problema. Él sabía que Pereira simpatizaba con la causa del compadre.

Mientras José Candelario iba y venía de su casa para afinar los detalles necesarios, el hombre en compañía de los viajeros finiquitó algunos requerimientos de última hora.

Aunque por tratarse de madera que sería puesta a la intemperie ése tipo de cuidados no tenían sentido se dio a cubrir escrupulosamente con trozos de lona los estantillos. De tal manera iban quedando envueltos que a primera vista nadie creería que se trataba de simples palos.

Lo siguiente desconcertó todavía más a los viajeros: sacó de la casa un cajón de madera y lo puso entre las dos cargas de palos de la última mula.

Un silbido cruzó el aire y el hombre se apresuró para entrar al rancho en compañía de los viajeros. Había llegado José Candelario y con él venía Santiago Pereira.

Ya en poco sería necesario encender la lámpara para estar dentro del rancho sin tropiezos. La noche se acercaba, pero ésta, a diferencia de otras sería de luna clara.

Santiago y José Candelario pasaron al rancho para compartir con los hombres la cena y un par de tragos. José Candelario había traído también el dinero de Santiago y ni bien le había pagado, de la pieza del fogón salió el compadre, revolver al cinto:

-¡Negro Santiago Pereira, caracha! Sos tan igualito a tu padre que me parece que más vale estoy viendo a Primitivo y no a vos...

Pereira que no se esperaba aquel encuentro no pudo dominar la sorpresa ni tuvo tiempo para considerar el plan que se le proponía por lo que terminó aceptando el viaje a Cabure. Eso sí, pidió pasar antes por su casa para dar parte a los suyos de que no volvería sino hasta la noche siguiente.

José Candelario le entregó a su compadre el máuser que había traído. Con mil recomendaciones y buenos deseos partieron los dos hombres y las cuatro bestias por el camino que lleva a Cabure

Los que quedaron allá en el fundo siguieron como si nada hablando mil cosas banales hasta que el más joven, un tanto achispado por el buen cocuy se animó a preguntar:

-Mirá Francisco ¿quién es el hombre ése que estamos ayudando con quedarnos aquí?

Francisco Chirinos sorbió su trago y aclaró su garganta, pero en lugar de cantar o elevar el tono de su voz, se inclinó hacia el interlocutor y le clavó con la mirada una sensación de zozobra murmurando:

-El hombre ése, es Rafael Simón. El hombre ése es Urbina...

\*\*\*

Sí, era cierto que el capitán Useche estaba enamorando a Eufrasia la hija de Carmelo González. Por supuesto que también era cierto que Carmelito tenía sus tratos con el militar y era informante del gobierno. Por eso había conseguido pasar a la mujer y a los muchachos hacia Cabure por unos días. No era cierto que la familia se hubiera trasladado a Coro como decía José Candelario Medina.

Se rumoraba que el capitancito gocho ya había llevado a Eufrasia más allá de lo que estipulan los castos amores y que la madre de la muchacha

era sabedora desde el principio. Carmelito iba poco por el caserío porque todo el mundo sabía en qué andaba y entonces dormía en el fundo pero del lado afuera, donde tenía un tinglado, por detrás de la casa.

De todas éstas y otras tantas razones se impuso Rafael Simón por boca de Santiago Pereira conversando por el camino para hacer más amena la nocturna travesía.

Llegaron a una encrucijada y Rafael Simón reveló su plan a Pereira:

-Mira Negro, yo me voy a meter en lo del compadre Carmelo y lo voy a parar para decirle que se venga conmigo a Cabure donde me están esperando mis hombres.

-Tú te vas a ir pasando por delante la casa con los animales y te quedas en lo oscuro para que no te vea porque te expones a quién sabe qué cosa. Yo le alumbro las bestias pa mostrarle el pocotón de máuseres que llevo y saco del cajón mi revolver pa que él vea desde la puerta que llevo buen pertrecho.

-Ése no se va a ir conmigo nada. Entonces seguimos derecho para no perder tiempo. Paramos allá en La Ceibita y botamos el cajón y los trapos. Tú sigues para para el pueblo y yo me regreso por el monte. Yo voy buscando pa Coro...

Como complotado con los hombres que murmuraban se nubló el cielo repentinamente, cambiando el claro de luna por intermitentes y lejanos relámpagos que hacían presagiar una tormenta que no cayó. No ésa noche.

Rumiando maldiciones y alarmas dormía Carmelo González. Alternaba los ronquidos con voces de súplica y señalamientos. Diríase más bien que no dormía sino que lo afectaba un trance maligno alimentado de remordimientos y rencores.

En la mesa, al alcance de la mano bien camuflado el afilado machete, y entre las alpargatas dejadas en el suelo, casi invisible, bruñido y agudo el puñal.

Una sombra de andar sigiloso, una sombra con felina cautela y diligencia de reptil pasó por la mesa y hurgó entre las alpargatas de Carmelo. Tomó una silla y se puso a la mesa, rasgó una cerilla y encendió la lámpara de queroseno:

-¡Compadre Carmelito, compadre Carmelito! Párese, que nos vamos...

En el susto inicial y víctima de una gran confusión, Carmelo tiende la mano al suelo y se sorprende al no dar con el puñal. Rápidamente gira sobre sí mismo hacia la mesa en busca del machete y casi muere al reconocer el rostro del compadre a la tenebrosa luz de la lámpara recién encendida y humeante.

-¡Compadre! ¡María Purísima! ¿Qué vaina es ésta? Por poco y me mata del susto...

-Déjese de pendejadas mi compadrito, alístese que nos vamos.

-¿Nos vamos? ¿Nos vamos pa dónde Dios?

Y Rafael Simón comienzo a explicar el plan que lo traía por estos contornos tras haber fracasado en Cumarebo. La caída de Gómez es inminente, pero si no cae, al menos la toma de Coro está garantizada. En el entorno más inmediato de Cabure le esperan unos doscientos hombres listos para lanzarse a la lucha que sólo están esperando las armas. Pero las acciones de combate han de presentarse con urgencia, no queda mucho tiempo porque es ahora o nunca. Y Carmelo alega los riesgos de

la familia, los muchachos todavía chiquitos, la mujer enferma y el maíz apenas “enturando<sup>5</sup>”

Rafael Simón, aparentemente convencido por los alegatos decide seguir su rumbo y se hace acompañar de Carmelo hasta el frente de la casa. González atónito contempla a la débil luz del pobre candil la última de las cuatro bestias cargadas. Del cajón que lleva encima saca Rafael Simón un revólver y lo muestra orgulloso: es apenas uno de cuarenta y dos que supuestamente lleva. Luego Urbina corre hasta la primera bestia y saca de la carga un largo máuser que muestra al compadre: es sólo uno de los doscientos que, según él, transporta. Rafael Simón espera que el pertrecho alcance para tanta gente como lo espera. Una vez más insiste en invitarlo y Carmelo una vez más declina.

Los hombres se despiden y entre ambos calculan que tal vez sería apenas pasada la medianoche. Urbina sigue el rumbo fijado y a Carmelo le amanece el día tiritando porque al igual que el frío, el miedo se cala hasta los huesos.

\*\*\*

Doce hombres, cuatro de a caballo y ocho de a pie conformaban el todopoderoso batallón del capitán Useche tan exitoso en eso de enfrentar campesinos desarmados, mujeres histéricas y niños iracundos. No tenían más uniforme que sus fusiles máuser y la sed de tropelías. Esperaban a su comandante quien conferenciaba con Carmelo González. El capitán salió solo del rancho y arengó a su tropa:

-¡Atención! ¡Firmes! Los informes que nos han traído aquí en pos del traidor Urbina resultaron falsos y tal vez un ardid del propio bandolero. Seguir a Cabure sería una irreparable pérdida de

---

<sup>5</sup> Brotando las mazorcas

tiempo. Por tanto, regresemos a Curimagua... ¡Media vuelta! ¡En marcha!

Carmelito González no salió a despedirse del capitán Useche o de la tropa, ni distribuyó entre los agentes del gobierno las habituales vituallas o atenciones. González, de manos atadas a la espalda, pendía de un árbol cerca del tinglado que tenía detrás de la casa.

## **CAPÍTULO SEIS**

En la Banda del Estado figuraban varios de los músicos que habían integrado la Banda Gil bajo la dirección de Rafael Alcocer. En menos de diez años habían adquirido un elevado nivel y sus presentaciones eran para el total deleite de los asistentes a la retreta dominical en la Plaza Bolívar.

No faltó quien se animara a echar un pie por el costado norte de la plaza al ritmo de las maravillosas ejecuciones: valsos, merengues y polos.

Gerardo José paseó la mirada por los concurrentes y no distinguió sino a un par de conocidos patiquines. De Monteverde o El Pantano no asistía nadie a tales eventos, con todo y ser gente más alegre que los moradores de los hidalgos caserones del centro.

La plaza Bolívar, relativamente nueva y obra del gobernador Asuaje en el cuatricentenario de la ciudad, era una cosa digna de cualquier gran capital venezolana, y honraba, al decir de la señora Mercedes, la rancia prosapia coriana.

El director de la banda giró marcialmente sobre sus talones y anunció al público presente el estreno de un merengue venezolano que ya sonaba en Caracas. Agradeció el apoyo de los concurrentes y formuló el tan socorrido voto: *esperando que sea de su total agrado*. Entonces llenaron el aire las alegres notas de “*El norte es una quimera*” y como era de esperarse el público correspondió con un prolongado aplauso.

Intentando con ambas manos aplacar la emocionada ovación, el director agradecido anunció otra sorpresa musical. Del costado sur de la iglesia catedral salió una fila de niños correctamente vestidos de azul y blanco. Las niñas venían con una monja agustina y los varones con un fraile de la misma orden. Luego de formarse en el lugar para ellos preparado esperaron atentos a la señal del director.

A continuación, un grupo de señoritas comenzó a repartir entre el público unas hojas impresas que contenían el Himno del Congreso Mariano de Coro.

El maestro azotó suavemente la batuta contra el atril para llamar la atención de músicos y cantores. En cuanto juzgó oportuno indicó el inicio y unos y otros hicieron lo propio en el momento en que les correspondía.

Con el himno se cerró la presentación y todo fue encomios, lágrimas, felicitaciones y comentarios halagadores, abrazos y buenos augurios. Gerardo José supo instantáneamente que aquello no iba a terminar ahí, al menos no para él.

Y es que tan emocionada como estaba la señora Mercedes con la idea del congreso mariano de Coro no iba a perder en lo adelante la ocasión de ensayar en casa el himno respectivo hasta memorizarlo. Y así fue a partir del día siguiente a su estreno: hizo traer unas partituras con la música e hizo que su marido se sentara al piano en cada momento libre mientras ella con pose de gran afectación cantaba una y otra vez:

*¡Gloria al sol de Coro! ¡Gloria al sol del Tepeyac!*

Si el mes de agosto había sido caliente —algo normal por estas comarcas— los primeros quince días de septiembre iban siendo peores. La única diferencia eran las copiosas lluvias que prácticamente sin aviso se soltaban sobre la tierra coriana.

-¡Ay mi madre! Virgen de Guadalupe santísima, que esta llovedera no vaya a seguir hasta diciembre. Ay, Dios mío. Ojalá que no...

-Mercedita por Dios ¿Cómo vas a decir eso?

-No, Gerardo, uno sabe... qué pena con los visitantes. Cada calle convertida en un río, la hierba brotando por las aceras, los animales realengos haciendo desastres, los coquitos y las taritas

que se alborotan de noche buscando la luz de las lámparas; esto es un desastre Gerardo ¡Un verdadero desastre!

-¡Mercedes Albertina, por favor!

-Ningún, ningún. Imagínate que monseñor Castillo informó ayer en el comité que los trabajos de la catedral hace tres días que están paralizados por la lluvia.

-Tranquilízate querida; todavía falta para el congreso. Además, bien puede posponerse para el año que viene...

-¡Hazte una cruz en la boca, Gerardo! ¡Ni lo quiera Dios!

Y buena parte de los días del señor Gerardo y su esposa transcurrían así.

Por otro lado, Gerardo José iba aburriéndose ahora con más frecuencia habida cuenta de que hasta los muchachos de su cuerda conseguían irse de vacaciones con sus grupos familiares y no sería sino en la proximidad de octubre que regresarían a la ciudad.

Si es que hasta Eloína se había ido donde su mamá por la temporada vacacional.

Eloína era sobrina de Nicasia porque era hija de un hermano de ella. Pero Eloína se había criado con su mamá y con su abuela materna. La abuela de Eloína tenía fama de medio bruja y de un tanto aguardentosa, la suya era, según las gentes de bien, una casa de rochela donde se jugaba a las cartas, se bebía cocuy, se apostaba a la lotería de los coroticos y según dizque también se podía pagar por un cuarto para un furtivo encuentro carnal. De allí que Nicasia se cuidara mucho de la sobrina y la vigilase tan atentamente cuando la tenía cerca:

-Vos sabés que yo me voy con cuidado porque pa donde saltó la cabra salta el cabrito –solía decir aludiendo al linaje materno de la muchacha.

A Gerardo José esos temas le importaban muy poco y por eso cuando los muchachos le echaban vaina con Eloína y su familia él se encogía de hombros y respondía-

-¡Total! Que como yo no la quiero pa casarme con ella...

Sin embargo, ninguno de la cuerda podía ufanarse de haberse “*pasado por las armas de mear*” a la muchacha en cuestión con todo y lo “frita” que pudiera ser.

Y llegó octubre, el mes tormentoso, las lluvias caídas en septiembre eran apenas presagio de lo que había de venir en la primera semana del décimo mes.

Por el sur, en el camino a La Sierra, la ciudad quedó incomunicada por varios días a causa del desbordamiento del río Coro. Por el rumbo oeste, se hizo imposible pasar hacia el Zulia por los estragos que habían ocurrido en Sabaneta y Mitare.

Cuando para el día diez de octubre por fin escampó, la ciudad era un desastre de lodo, árboles caídos, animales ahogados, basuras de todo género; tres ciudadanos desaparecidos y uno muerto por inmersión. Los días eran nublados, las noches en cambio, despejadas y frescas.

Al esfuerzo gubernamental se sumó un gran voluntariado ciudadano y en poco menos de un mes no quedaba huella evidente de la calamidad sufrida. La ciudad resurgía por el compromiso de los corianos que por unos días dejaron de lado alcurnias, blasones, bastardías, partidos y simpatías para ponerse manos a la obra: limpieza, acequias, tala, quema, de todo se hizo para adecentar en tiempo record la otrora capital de la provincia de Venezuela “*ciudad muy noble y muy leal*”

Con el buen tiempo volvió la gente y Gerardo José volvió a la vida. Entonces se preocupó al descubrir algo: ahora, mientras estaba acostado de boca arriba en su cama, de todas las gentes que anhelaba reencontrar

solo le alegraba saber que volvería a ver a Eloína. Aunque fuera cada ocho días ocupada en trajines de ayudar a la tía, aunque fuera en sus trances de “calientahuevos” carcajeándose cada vez que él le hacía una insinuación sexual.

Quería volver a ver a Eloína.

Se fabricaba diversas situaciones y se la presentaba sonriente, huidiza, encontradiza, dispuesta al amor, recelosa o esquivada. En la voz de Eloína el diminutivo de su nombre no tenía ése matiz de remoquete burlesco que tanto detestaba, ni se oía como peyorativo. Recreaba en su mente la voz de Eloína y le gustaba que lo llamase Gerardito.

Se la imaginaba desnuda.

Se revolcaba entre las sábanas enfebrecido de deseo, suspiraba, sonreía, se estiraba y recomenzaba el ciclo de vueltas, suspiros y estiramientos. Casi inadvertidamente comenzó a acariciarse y terminó masturbándose furiosamente. Tras la eyaculación se quedó mirando al techo y fue de a poco recuperando la calma.

Entonces recordó lo que el viejo Álvaro le dijo a uno de los muchachos una noche de dominó allá en El Pantano: uno sabe que está enamorado de una mujer cuando se hace la paja por ella.

¿Qué hacer? Estaba desconcertado, consideró mil cosas. Se vio una vez más despreciado o burlado por la joven casquivana y quiso llorar. Sin embargo, la evocación de Eloína lo excitaba en extremo; tanto, que una segunda erección lo convocó a un nuevo trabajo de autosatisfacción pero esta vez más reposado y totalmente consciente.

Ya fuera por satisfacción o por otra cosa, Gerardo José se quedó dormido nuevamente hasta que unos discretos toques de puerta lo despertaron y una voz suplicante le instaba:

-¡Gerardo! ¡Gerardo! Gerardo José, dice tu mamá que te levantes que ya va a ser de mediodía.

Respondió como mejor pudo y empezó a levantarse para ir al baño, asearse y acicalarse convenientemente. Actuaba con parsimonia, un tanto aletargado todavía, sin precauciones. Por eso cuando volvía del baño se sorprendió al ver que Nicasia había cambiado sus sábanas y le había hecho la cama de nuevo. Encontró abierta la ventana que da al patio y toda la habitación barrida y olorosa a queroseno.

Pasó a la cocina para desayunar algo antes de ir a misa con sus padres a la iglesia de san Francisco como cada domingo. Sabía que apenas tenía el tiempo justo pues cuando se estaba vistiendo dieron el primer toque de campanas.

Mientras comía recibió un reproche de Nicasia pero él no respondió porque estaba en su propio limbo. La mujer se acercó y le llamó la atención:

-Sí, sí, Nicasia te estoy escuchando...

- ¿Me estás escuchando? ¿Qué te dije entonces?

-Eso... que me apure.

-¡Ay Gerardito! ¡Ay Gerardito!

Durante la misa tuvo su propia epifanía pues en una ocasión en que volteó, vio o creyó ver a Eloína, quien al notar lo, se ocultó tras una columna del templo, cerca de la reja que da al antiguo convento.

## CAPÍTULO SIETE

Enredado en mil explicaciones, una más confusa que la otra, Santiago Pereira logró desembarazarse rápidamente de la entrega de los estantillos y emprender el viaje de regreso con las cuatro bestias ése mismo día.

Por propia iniciativa, los hombres que habían quedado en el rancho concertaron con José Candelario el corte de otro lote de maderos para que la entrega se completara antes de lo previsto.

Fundamentalmente lo hicieron por combatir el ocio de la espera y también por verse libres de aquel enredo lo más pronto que fuera posible.

-Pierda cuidado Candeché, con que nos traiga la comida tenemos.  
A nosotros con eso nos basta, hombre...

Al final del día, cuando terminaron su labor, no era mucha la diferencia por la cual aventajaron a Pereira en el corte y arrume de los postes.

Cenaban a la luz de la lámpara recién entrada la noche, cuando apareció Santiago temblando a causa del agotamiento. Las mulas y el burro llegaron al rancho en el límite de sus fuerzas y con apenas bríos para tenerse en pie.

De Santiago Pereira se encargó José Candelario. Los otros dos hombres tomaron cuenta de las bestias: les quitaron los aperos, las llevaron a la quebrada para abrevarlas y bañarlas; y luego las soltaron en un potrero pequeño donde había un comedero en el que pusieron algo de maíz. Al amanecer las enjalmarían nuevamente y partirían con otra cuota del encargo.

José Candelario aprovechó el momento en que se quedaron solos para tomar las impresiones de Pereira y para imponerse de la conducta seguida por su compadre:

-Yo me quedé un poquito más arriba de la casa porque eso fue lo que él me dijo que hiciera. Yo estaba en lo oscuro cuando salieron los dos para el frente. Carmelito González salió con una lámpara

y vio los animales cargados pero no se acercó a ninguno. Entonces el hombre vino y sacó de la mulita delantera el máuser que llevaba metido entre los palos.

-Después se vino pa el burrito que venía de último y sacó el revolver que había metido en el cajoncito. Yo si no pude oír de qué hablaron porque no estaba tan cerca tampoco. De ahí Carmelito entró pa su casa y el hombre azuzó a las bestias hasta que la mulita delantera llegó donde estaba yo. Entonces sí, apuramos el paso y por allá por La Ceibita botamos el cajón y los pedazos de lona.

-Y, a lo que yo me volteo Candeche, el hombre se había desaparecido...

José Candelario, cejijunto y reflexivo escuchaba el relato de Pereira. Santiago alternaba las frases mientras masticaba la comida y se daba largos tragos de agua.

-Negro... ¿Tú estás seguro de que viste a Carmelo González? ¿Tú estás seguro que él entró a su casa antes de que el compadre arrancara en viaje?

-¡Ah pues Candeche! ¿Y por qué le iba yo a mentir en eso pues?

-Negro... por ahí ésta mañanita trajeron la novedad de que hallaron ahorcado a Carmelito.

-Vea una cosa Candeche Medina, yo le juro por Dios santísimo, yo le juro por mis tres hijos, y por mi padre que está bajo tierra; que Carmelito estaba bien vivo cuando nosotros nos fuimos de ahí.

Como los dos hombres que habían ido a ocuparse de las bestias ya regresaban al rancho José Candelario se llevó el índice de la mano

derecha bajo la nariz y lo puso sobre sus labios apenas un segundo para hacer entender a Pereira que la conversación había terminado.

Todavía conversaron los cuatro un poco más sobre mil cosas irrelevantes y luego dispusieron de sus chinchorros. José Candelario declinó quedarse y se fue su casa.

Agotados por el trabajo fueron durmiéndose los hombres. El último en dormirse fue Santiago Pereira que no hacía sino recordar paso a paso las últimas peripecias que le había tocado vivir y decía para sí:

-Hombre pa bragao ése Urbina ¡María purísima! ¡Hombre pa bragao!

\*\*\*

El viejo doctor Díaz hacía de juez de primera instancia en toda la jurisdicción de La Sierra. Eso sí, para cualquier diligencia era preciso ir a buscarlo a su finca y volverlo a ella ni bien terminase el procedimiento. Otra cosita, el doctor Díaz solo podía estar fuera de su casa medio día y no debía ser solicitado en los fines de semana, en los feriados civiles o en las fiestas de guardar.

Ante la insistencia del jefe civil se presentó a certificar la defunción de Carmelito González y a calificarla de homicidio sin establecer mayores datos y dejando debidamente anotado que el cadáver, con los signos de violencia, mostraba también evidente descomposición.

-¡Hacerme venir para esto, Dios mío! Hacerme venir para esto – se quejaba el juez-

Un par de muchachos ayudaron al juez a subir a la cabalgadura por órdenes de Cipriano el jefe civil, y luego, uno de ellos tomó las riendas para guiar a la bestia hasta la casa del doctor Díaz.

Cipriano ordenó la sepultura del cadáver en el patio de la casa para evitar el traslado. Por la premura del caso no se encargó caja o ataúd sino que el cuerpo fue colocado dentro de la fosa apenas estuvo lista. Marcaron el sitio con un montón de piedras y aún tuvieron tiempo de registrar la casa en busca de alguna cosa de valor o de utilidad que pudiera ser aprovechada a modo de honorarios para el jefe civil y sus ayudantes.

Algo de panela, un par de kilos de maíz, dos cobijas, un hacha y una colorida estampa de san Marcos de León, conformaban la totalidad del botín incautado y repartido a discreción de Cipriano. De haber buscado con un poco más de atención y con menos avidez habrían dado con el machete y el puñal puestos en el suelo a un costado de la casa y ocultos entre las hojas.

Por respetar la jurisdicción, Cipriano envió a uno de sus propios con una nota oficial para el jefe civil de Cabure redactada al modo de los telegramas:

*“Agradezco informar a familiares muerte de Carmelo González vecino de ésta. Juez certificó defunción. Sepultura hecha a expensas nuestras.”*

En cuanto la viuda conoció de las infaustas noticias envió recado al capitán Useche que por esos días se hallaba en Curimagua y él le mandó a decir que apenas se desocupara iría por allá. Que contara con él y con el hecho de que se haría justicia.

\*\*\*

Para cuando los hombres volvieron de Cabure Santiago Pereira había hecho otro buen corte y arrume de estantillos, tanto, que la entrega de los mil palos se completó con apenas tres viajes y significó el ahorro de otros tantos días de trabajo y espera. El contratante envió además el dinero que adeudaba y todos quedaron conformes. Hubo tiempo sin embargo para un último compartir de la mesa y de buen cocuy:

-No Candeche, nada nuevo. Lo único es eso, la novedad de la muerte de Carmelito González...

-Dios le dé su descanso. Pobrecita la mujer y los hijitos...

-Pero lo que son las cosas, no. Figúrese que llevaron al viejito Díaz, digo yo que debía ser pa certificar. Ése pobre viejo...

-Pa eso es el juez de La Sierra. Además ése viejo zángano a cuenta de cocuy o chivo reparte su justicia. No voy a saber yo quién es...

-Y dígame el tal Cipriano ése... ¡Ah diablo! Vaya viendo usted que se cogió dos cobijas y un hacha del muerto ¡Manífica<sup>6</sup>!

Francisco Chirinos apoyaba sus decires en el testimonio que le diera un primo hermano de su mujer que fungió como agente de policía a las órdenes de Cipriano en el procedimiento ejecutado en la propiedad de Carmelo González.

-¡Ah mundo, Candeche! Y lo sepultaron ahí mismo como si fuera un insolvente...

José Candelario Medina escuchaba con rostro inexpresivo toda aquella relación de los sucesos pero ya sin la sombra de la duda que días antes le había inquietado.

\*\*\*

Después de que la última carga de estantillos salió con destino a Cabure Santiago Pereira vino por su plata a la casa de José Candelario. Estuvieron departiendo amablemente un poco más y el negro cogió el rumbo del caserío para hacer algunas compras, por el camino pensaba:

---

<sup>6</sup> Voz falconiana para expresar sorpresa o indignación.

-Hombre pa bragao ése Urbina ¡María purísima! ¡Hombre pa bragao!

Y así paulatinamente la vida de aquellas gentes y de aquellos parajes fue recuperando su habitual atmosfera bucólica.

Santiago Pereira cumplía cabalmente sus jornadas diarias acompañado de los dos hijos mayores; bien se tratara de las labores del conuco o de las faenas de la crianza de sus cabras y gallinas, cuando no de alguna tala o corte de madera. Uno que otro viernes bajaba hasta el caserío para compartir con los amigos y tomar algunos tragos.

Los sábados cuando iba al conuco no llevaba a los muchachos por dejarlos ayudando en la casa y porque esos días el maestro Casiano Rentería venía al caserío y los enseñaba a leer.

Un sábado al volver del conuco no tomó el rumbo de su casa sino que siguió derecho hasta el caserío. Por el camino de Cabure bajaba un grupo de hombres pero al primer momento no reconoció a ninguno. Se detuvo para dejarles el paso y ahí sí reconoció a uno que sobre un mulo viajaba con gesto de amargura pero rostro en alto con todo y que llevaba las manos atadas a la espalda: era Francisco Chirinos.

No había terminado muy bien de pasar el piquete y él se dispuso a seguir su camino cuando a sus espaldas oyó una voz de alto y la orden de darse media vuelta. Cuando giró vio entre los hombres que escoltaban al preso a aquel que había sido compañero de Chirinos en el traslado de los estantillos.

Le preguntaron su nombre y respondió con firmeza:

-¡Santiago Ramón Pereira!

## CAPÍTULO OCHO

Precedido por el padre Pellín, el obispo Castillo llegó a la reunión del clero. En apenas un mes se daría apertura al tan anhelado Congreso Mariano de Coro y era necesario tenerlo todo a punto, afinar concienzudamente cada detalle.

Si tenía alguna aprehensión, Lucas Guillermo Castillo no la demostraba, antes bien, lucía sereno y confiado. El secretario comenzó leyendo algunas esquelas y telegramas enviados por los sacerdotes que acusando el mal estado de las vías y las persistentes lluvias se disculpaban por no haber asistido a la reunión de éste día.

Uno que otro hubo que envió con sus razones algún dinerillo producto de la venta de las medallas votivas del congreso.

El obispo Castillo escuchó con paciencia las relaciones que se le daban sobre la venta de los bonos a beneficio del congreso, recibió pormenores de los trabajos de la catedral, se impuso de la buena voluntad del gobierno para garantizar la buena marcha y el seguro desarrollo del evento.

El padre Pellín informó a los presentes que el hombre ése del que más podían temer alguna villanía se encontraba en Curazao sin posibilidad de armar una expedición según le garantizaban bajo juramento sus informantes.

El padre Camarán levantó la mano solicitando el derecho de palabra.

-Padre Wenceslao, usted dirá...

-¿Cuál es el miedo de nombrar a ése hombre padre Pellín? Ése hombre tiene su nombre ¡Rafael Simón Urbina!

-No tengo miedo padre Wenceslao. Consideré innecesario nombrarlo porque aquí todos sabemos a quién me refiero.

Cuando el padre Wenceslao Camarán se disponía a darle cuerpo a la discusión intervino el obispo Castillo recordándoles con suavidad a los

contendientes de qué trataba aquella reunión y cuál era el objetivo de estar ahí. Que por favor no consintieran en distraerse con otros asuntos que siendo importantes no eran urgentes; que no tenía sentido prevenirse de cosas que muy probablemente no sucedieran.

Y que además, él podía asegurar sobre bases firmes que Urbina no vendría a Coro, no durante el congreso.

Luego el obispo pasó a confirmar la asistencia de varios de sus homólogos. Aseguró que también estarían presentes el hermano Nectario María de las Escuelas de La Salle y el padre Evaristo Ipiñazar del Seminario Santa Rosa, entre otras personalidades. Aprovechó para anunciar que se administrarían la tonsura y las órdenes menores a varios seminaristas entre ellos, por supuesto, a Mármol Ferrer y a Riera Lugo naturales de ésta diócesis.

Como era cosa de esperarse, el delegado del General Gómez sería el doctor Arcaya, a cuyas diligencias se debía buena parte de lo que se había conseguido hasta ahora.

-¿De cuánto dinero pudiéramos estar hablando hasta ahora, monseñor? Digo yo, en total: reparación de la catedral, iluminación, pintura de los templos –preguntó el padre Lorenzo-

-Hasta donde yo tengo entendido, el gobierno del general Gómez ha dispuesto de unos veinte mil bolívares para el congreso – respondió el obispo-

-¡Toma! Nos va a poner un bolívar por cada preso y tres reales por cada muerto...

-ripostó fray Celestino-

El grupo de levitas sufrió una nueva agitación y otra vez en afán conciliador intervino el obispo Castillo haciendo que las cosas se mantuvieran en cauce.

El obispo ratificó la presencia de monseñor Fernando Cento, nuncio apostólico en Venezuela y contó que con él a la cabeza se reuniría en Coro la conferencia episcopal venezolana.

El padre Camarán levantó la mano y captó la atención de los presentes. Sin esperar a que se le concediera la palabra aprovechó el silencio:

-¿Qué opina el señor nuncio del trato que se le está dando al obispo de Valencia? Porque yo no soy capaz de creer que semejante carga de infundios sea ignorada por el legado pontificio... ¡A mí, solo porque soy de Valencia, me llegan las noticias aquí a La Vela por una u otra vía!

El padre Larralde apuntó con acritud inocultable:

-Bueno, es lo que se saca por andar con sus amigos los comunistas...

Ni bien el padre Felipe Larralde dijo eso, el párroco de La Vela de Coro se levantó de su asiento y gritó:

-¡Visitar a los presos es mandato de Jesucristo, no de Marx! ¡Las obras de misericordia están en el evangelio de Mateo y no en El Capital!

De no ser porque monseñor Lucas Guillermo Castillo volvió a rogar por la paz y porque dos frailes agustinos se interpusieron con afán suplicante frente al padre Camarán, éste habría llegado hasta el padre Felipe

Cuando las cosas se calmaron se pasó a los puntos varios y de allí en poco terminó la reunión. Monseñor Castillo y el padre Pellín informaron que por la noche tendrían una intervención informativa en la reunión del comité ampliado para el congreso mariano.

Ya se retiraban todos cuando el obispo que se disponía a pasar al patio de la casa llamó al padre Wenceslao Camarán para conferenciar en privado.

Inmediatamente asumieron los clérigos una suerte de reprimenda por lo acontecido en la reunión. Pero era para otra cosa...

Ya solos, el obispo, con expresión de amable preocupación fraternal dijo:

-Padre Camarán, por los días del congreso ¿podría usted no llevar su arma encima y dejarla más bien en un lugar seguro? Como un favor a mi persona, si puede.

\*\*\*

La llegada del padre Felipe Larralde trastocó el aburrido orden estricto en el cual vivía el matrimonio de los esposos Íñiguez Campuzano.

No acostumbraban los señores a recibir visitas si no se las anunciaba con anterioridad o si llegaban en horas del mediodía cuando el par de ancianos se disponían a almorzar. Pero por tratarse de un prelado que habíase desplazado hasta la ciudad atendiendo a una llamada del obispo, hubo especiales atenciones, un puesto a la mesa y la oferta de un cuarto de huéspedes para digna posada del ministro de Dios.

La señora Emérita de Íñiguez ordenó que le sirvieran comida al padre Larralde y que tomaran sus cosas para llevarlas al cuarto donde debía quedarse por lo menos hasta el día siguiente. Durante el almuerzo no se habló con detalles de nada en específico porque ya tendrían tiempo a la hora de la merienda o por la noche.

El padre Felipe había venido de la zona occidental donde regentaba buena parte de los templos parroquiales que podía uno conseguir al salir de Coro con rumbo al Zulia. Había estado en una orden religiosa que lo trajo de España y lo hicieron salir de ella por asuntos disciplinarios.

La suya era una personalidad altiva y su carácter era atrabiliario por decir lo menos. Defendía los principios de la monarquía y del ejercicio dictatorial de gobierno. Aunque no lo declaraba abiertamente en público, era enemigo de la democracia y decía que era un error de varios órdenes

el permitir que los pueblos eligiesen con periodicidad a sus gobernantes. El voto universal, según él, era una aberración histórica.

Cerca de las cuatro de la tarde una señora que trabajaba en la casa tocó a la puerta del cuarto donde descansaba el padre Felipe para invitarlo de parte de los señores a la merienda que habría de servirse en un salón frente al comedor.

El padre Larralde pidió unos minutos y fue hasta el aguamanil para adecentar su aspecto. Una vez recompuesto se dirigió al salón donde ya estaban instalados los Íñiguez Campuzano.

Una mesa al centro ofrecía diversos bocadillos de repostería y platos de tamaño medio para que cada uno tomase lo que quisiese. Más allá, donde estaban dispuestas las sillas para la tertulia, una mesa baja ofrecía tazas y café, un azucarero y una jarrita de leche caliente.

-Créame cuando le digo, doña Emérita, que España se perderá.  
No me cabe la menor duda al respecto de ello: ¡España se perderá!

Y el padre Felipe Larralde se dio a enumerar una serie de circunstancias que le hacían vaticinar un oscuro porvenir para la madre patria. Habló de la supuesta inmoralidad del rey, de quién se decía que era dado a realizar películas obscenas con gente depravada que hacía cochinas sin el menor rubor, del coqueteo con los comunistas y los republicanos, de la simpatía creciente por los autonomistas, del desplazamiento de la religión:

-Créame cuando le digo, doña Emérita, que España se perderá...

Luego volvió sobre la realidad venezolana y juzgó los últimos acontecimientos como una crisis en ciernes que bien podría remediarse porque se estaba a tiempo.

-¿Lo del carnaval en Caracas no es una cosa vergonzosa? ¡Bien que se ha respondido a ésa caterva de atrevidos que han retado al

general Gómez! Y luego está eso del siete de abril... Porque uno de los complotados es el hijo de López Contreras no se procedió cómo se debía. Mínimo le correspondía pena de destierro...

La señora Emérita y su marido no hacían más que asentir a las aseveraciones del padre Larralde y las recibían como verdades indiscutibles pronunciadas por un legendario oráculo del pasado.

-¿En qué ha venido a parar todo esto? Ahí tienen ustedes al hombre ése, al bandolero de Urbina... ¡Un atrevido de marca mayor! Afortunadamente contamos con el general Jurado y el general Asuaje, que si no quién sabe qué estado de cosas tuviéramos ahora...

El padre Felipe alternaba las mordidas a las botanas y los sorbos al café, con grandes bocadillos de costilla de prójimo no dejando escapar ni a sus correligionarios:

-¿Creerían ustedes que el padre Wenceslao estuvo a punto de agredirme? ¡Y sólo porque tuve el valor de decir la verdad! ¿No es cierto? ¿Qué tiene que buscar el obispo Montes de Oca en el castillo de Puerto Cabello? ¿Por qué tiene que visitar y brindar asistencia a esos facinerosos? ¡Esto va mal! ¡Esto va muy mal!

Y cerró su perorata acusando el mal ejemplo que España daba a las naciones que en otras épocas había prohijado a este lado del mundo sentenciando una vez más:

-Créame cuando le digo, doña Emérita, que España se perderá. No me cabe la menor duda al respecto de ello: ¡España se perderá!

\*\*\*

Cuando se está lejos de la patria siempre se sufre, pero; quién sabe por qué motivo, la pena del desterrado aumenta con la noche.

Alguien debe saber por qué de noche se sufre más cuando se piensa en la patria que se ha dejado contra de la propia voluntad.

Rafael Simón se paseaba por las calles de Willemstad pensando en su tierra y en su gente. Ocupaba el día en mil cosas y en mil preparativos, se cuidaba de pasear a pleno día o de ser visto; no convocaba ni asistía a reuniones. Pero la noche, la noche era otra cosa.

En un callejón apenas iluminado se detuvo y buscó a propósito las tinieblas para ulular tenuemente. En un pórtico cercano se encendió una luz y después de unos segundos se abrió la puerta, Urbina se deslizó como una fugaz sombra hasta el inmueble. Ni bien entró se apagó de nuevo la luz del pórtico.

-No hay buenas noticias desde Venezuela. A estas alturas no debe intentarse nada, sería muy peligroso. Gómez ha desplegado a toda su gente. En el Cuartel San Carlos unos y otros se vigilan, todos sospechan de todos. Hay paranoia y “La Sagrada”<sup>7</sup> no duerme... Jurado tiene agentes donde menos te lo imaginas.

Urbina escuchaba con atención y su decepción crecía, abrumándolo, aplastándolo.

-Esta noche te quedas aquí, no estés inventando. Yo mañana en algún momento del día veo cómo sacarte...

Ya en el cuarto tomó un diario para ponerse al corriente de las cosas allá en Coro: el congreso mariano, el adcentamiento de las calles, los templos y plazas; los invitados, el júbilo en la que de ahora en adelante habría de ser llamada “La ciudad mariana de Venezuela” y la efectiva campaña del capitán Useche en los predios de la sierra coriana.

---

<sup>7</sup> La Sagrada: nombre dado al cuerpo paramilitar (parapolicial) que se encontraba a las órdenes de Juan Vicente Gómez.

Contempló el retrato del militar andino y siguió leyendo hasta dar con un punto en el que creyó morir de estupefacción:

“Entre sus más recientes heroicos servicios a la causa patria destácase el hecho de asumir la persecución del bandolero Urbina tras el vil asesinato del parroquiano Carmelo González, a quien el traidor Urbina dio muerte infamante antes de huir cobardemente hacia territorio colombiano.

La pericia del mencionado capitán permitió la captura de los cómplices de Urbina, quienes fueron justamente juzgados y condenados a penas de cárcel que no cumplieron porque en la acción de sus traslados agredieron ferozmente a los soldados y echaron a correr en afán de huida que hizo necesario el uso de las armas para detenerlos, evitando cualquier riesgo para la población civil.

Los soldados heridos se recuperan en el cuartel y los delincuentes fueron reseñados como: José Candelario Medina, Santiago Ramón Pereira y Francisco Chirinos; todos vecinos de la sierra coriana y con un extenso prontuario de acciones antigubernamentales.”

Rafael Simón ya no quiso dormir. Dobló el diario y lo puso en su chaqueta. Sabía dónde estaban las llaves y salió sigilosamente a la calle. No tenía nada resuelto. No sabía qué debía hacer en lo adelante.

Una necesidad imperiosa lo acosaba y lo llevaba diríase que en volandas por las oscuras calles de Willemstad.

Corrió, sí. Corrió como si la vida se le fuera en ello hasta que por fin estuvo seguro de no ser visto ni oído. Cayó de rodillas al suelo y se soltó a llorar con grande amargura.

## CAPÍTULO NUEVE

Desde que el primer sábado de octubre volvió Eloína, Gerardo José implementó un cambio en su estrategia de tratos con ella. Se abstuvo de requiebros amorosos o de piropos y antes se mostraba en extremo cortés; respetuoso y distante. Esa actitud, aunque contentó sobremanera a Nicasia, preocupó mucho a Eloína.

Con los días, Nicasia bajó la guardia y dejó de ir a troche y moche detrás de la sobrina para cuidarla de Gerardito.

Agonizaba noviembre y se preparaban en distintos sectores populares de la ciudad las fiestas de “Repique del Tambor” con las que tradicionalmente se da la bienvenida al mes de diciembre. Gerardo José, siempre entusiasta al respecto, no mostraba interés alguno. Seguía con su apariencia distante y su ensayado aire taciturno que complacía a Nicasia y preocupaba a Eloína.

Debido a que todo en la ciudad estaba a punto para el congreso mariano en distintas casas se finiquitaban detalles para recibir a los peregrinos.

La señora Mercedes y su esposo recibirían a un par sacerdotes en casa y para que no faltara detalle alguno convocó a Nicasia para que bien temprano ése último jueves de noviembre le acompañara al mercado. Eloína también había sido convocada y aleccionada acerca de los modos de conducirse por los días en que había de pasarse al servicio de la casa y los señores durante el congreso, pues para esos días debía venir a diario. Claro que también podía quedarse allá en el cuarto de planchado que estaba después de la cocina.

Para hacer mercado, la gente de todos los estratos sociales madrugaba los jueves de cada semana a fin de conseguir vegetales frescos, carnes de matanza reciente, artículos de quincallería. El mercado era un rasero democratizador de la sociedad coriana.

Cuando Gerardo José terminó el desayuno, su madre y Nicasia estaban a mucho de volver del mercado. La joven Eloína, curiosa y afligida, lo siguió por pasillo hasta la puerta de su habitación:

-Gerardito ¿Qué te pasa conmigo? ¿Qué te hice yo? ¿Es que acaso te dijeron algo?

Gerardo José no hizo más que sonreír beatíficamente y rozar castamente el rostro de la muchacha con el dorso de su mano derecha antes de abrir la puerta para entrar a su cuarto.

La incauta Eloína intentó aferrarlo del brazo para que él girase y le diese la cara, pero Gerardito, que tenía muy bien ensayado en su mente aquel movimiento, terminó atrapándola contra él al tiempo en que enfebrecido de deseo buscaba su boca para besarla como nunca en su vida había besado a nadie.

Eloína para nada se sintió forzada o poseída contra su voluntad, antes bien, correspondió al beso y se entregó a él con tanta o más pasión que Gerardo José.

Ella entró a la habitación y cerró la puerta, ella lo empujó contra la pared para reemplazar la tarea pendiente de los besos. Él la condujo a la cama y se echó sobre ella sin dejar de besarla, ya tiernamente, ya fogosamente. Ella giró y quedó sobre él al tiempo en que se despojaba de la blusa y mostraba gloriosa su portentosa desnudez.

Allí, frente a Gerardo José, estaban por fin aquel par de senos con los que tanto había soñado y que se ofrecían a él como frutas en su punto para ser devorados a placer.

Por fin estuvieron del todo desnudos. A ratos se detenían, reían, se acariciaban; y a poco, con gran avidez acometían sus bocas en besos largos y lentos. En cuanto él estuvo listo la dispuso para penetrarla, ella encendida lo acariciaba lasciva.

Jadeante, ella le advirtió:

-Gerardito... ve que yo nunca he tenido hombre...

-Y no va a ser hoy cuando lo tengas -respondió él-

La lujuria cedió su lugar a la ternura y las caricias y los besos continuaron otro tanto, matizados ahora con un barniz de veneración, de contemplación religiosa. En eso estaban cuando oyeron ruidos y conversaciones en casa por lo que intuyeron que la señora Mercedes y Nicasia habían vuelto del mercado.

Se vistieron sin apuros ni sobresaltos, con pícaros movimientos y caricias. Convinieron en que él saldría primero hacia la cocina con la finalidad de entretener a las mujeres y luego Eloína abandonaría el cuarto hacia el patio.

Al despedirse, pactaron:

-Gerardito... ve que yo voy a ser para vos.

-Y yo para ti, nada más para ti... -respondió él-

\*\*\*

En la tarde del 8 de diciembre de 1928 Santa Ana de Coro estaba colapsada. Lo más representativo de la sociedad coriana había puesto al servicio del congreso mariano la totalidad de los recursos de que disponía. La ciudad vibraba de fervor entusiasmada con aquello de ser “La ciudad mariana de Venezuela”

-¡Yo no los conté Gerardo, no pude hacerlo! Pero hay gente seria como el coronel Meléndez que me lo ratificó: había como cincuenta automóviles en la caravana... ¡Cincuenta carros, Gerardo, cincuenta! Desde La Vela hasta aquí ¿Tú sabes lo que es eso? Y la gente por las calles de Coro, Gerardo... ¡Qué emoción, Dios mío, qué emoción!

La señora Mercedes no tenía atención ni entendimiento para otra cosa que no fuera el congreso mariano y sus detalles. El señor Gerardo no hacía más que secundarla en todo cuanto ella emprendía, asentir a cuanto ella afirmaba, y en ocasiones, servir de freno para evitar que ella se desbandara en sus opiniones. Escucharla y acatarla eran el norte de su existencia, para eso creía él que debía vivir.

-Esta noche será la sesión inaugural. Va a intervenir el nuncio apostólico ¿Viste a monseñor Fernando Cento? Es un hombre muy apuesto, parece un príncipe ¡Todo un dignatario de la iglesia! ¡Sí, señor! Bien que representa al papa...

Ciertamente, Fernando Cento, nuncio apostólico, era el legado pontificio del papa Pío XI para el segundo congreso mariano de Venezuela. En la inauguración del evento se anunció que serían cuatro las sesiones y que todas habrían de desarrollarse en la histórica catedral.

No se inició con el acostumbrado *Te Deum* que se impone en tan grandes celebraciones porque éste acto ya se había realizado en la iglesia parroquial de La Vela de Coro con el arribo de los personajes que habían desembarcado en un vapor oficial que había salido de La Guaira.

Por supuesto, se comenzó con el canto del himno del congreso y con la presentación de los principales invitados y exponentes. Acto seguido, el obispo Lucas Guillermo Castillo leyó el telegrama que enviaba el rey Alfonso XII saludando a los corianos y excusándose por no haber podido asistir a la magnífica cita. Inmediatamente, el nuncio apostólico leyó el telegrama del papa donde con el paternal saludo se comunicaba a los corianos y a todos los participantes del congreso, la bendición apostólica.

“*María, peculiar amparo de la raza latina*” se llamó la alocución de monseñor Fernando Cento que a nombre de Pío XI dirigió a los participantes e hizo estallar en prolongado aplauso a los oyentes. De manera espontánea, surgió de entre los presentes el himno “*Gloria al sol de Coro, gloria al sol del Tepeyac*” y así terminó la primera sesión sin novedad alguna.

Lo único que sí resultó sospechoso para algunos de los presentes, fue el hecho de que unos treinta o cuarenta individuos -entre seminaristas y frailes- dispersos por toda la catedral, además de conducirse con cierta brusquedad de modales parecían no tener un mínimo conocimiento de las funciones y ceremonias litúrgicas.

\*\*\*

El padre Wenceslao Camarán montó en cólera y se dejó llevar por aquella ira que habría de hacerle tan famoso entre sus parroquianos. Golpeó el escritorio con ambas manos extendidas y se levantó de súbito:

-¡Inaudito! ¡Esto es inaudito! ¡Intolerable! ¡Esto es intolerable!

Fray Jacinto dejó que el primer arrebato fluyera y observó en silencio cómo el padre Wenceslao caminaba por el despacho parroquial lo mismo que un león enjaulado alternando exclamaciones de indignación con expresiones procaces.

Cuando el padre Camarán volvió a su lugar, fray Jacinto continuó:

-Monseñor Castillo está tan indignado como nosotros pero a estas alturas ya no puede hacerse nada. No nos queda sino apurar éstos días para que ésa gente se vaya y nos deje en paz.

-¿De cuántos individuos estamos hablando? –preguntó el padre Wenceslao-

- Pues el coronel Meléndez habló de treinta y seis de la tropa regular, dos tenientes y un capitán de apellido Useche...

-¡Mire que infiltrar a esos hombres! ¡Pero... por Dios!

-El primero en notarlo fue el padre Evaristo Ipiñazar, anoche mismo. Lo peor es que Meléndez insiste en que es por nuestra seguridad...

Y fray Jacinto de Almonte regresó a la ciudad sin haber podido convencer al padre Wenceslao Camarán de que permaneciera hasta el final como participante del congreso mariano.

La gravedad de la situación impuso a todos un hermético silencio, un mutismo ominoso para ocultar que entre los congresantes se ocultaban, a la vista de todos, una cuarentena de hombres del gobierno entre esbirros

y soldados dispuestos para atrapar a Rafael Simón Urbina dado el caso de una hipotética aparición.

Cuando fray Jacinto de Almonte llegó a Coro se dirigió a la casa de la señora Mercedes. Consideraba que para corresponder a la confianza de que era objeto en ésa casa, debía imponerles de la verdad.

En la puerta se topó de frente con el coronel Meléndez que ya iba de salida. Con gran cortesía le invitaron a pasar, pero por la gravedad en los rostros, intuyó que algo había pasado.

## CAPÍTULO DIEZ

Gerardo José tuvo clara conciencia de que algo muy raro pasaba en Coro cuando reconoció, a pesar de la sotana, a un teniente de apellido Álvarez con quien él había tenido tratos anteriormente al coincidir con amigos en común. Dedujo que aquel rufián no podía haber dejado así como así la vida castrense para hacerse sacerdote y que la única alternativa viable era que el gobierno hubiera infiltrado a sus agentes entre el clero participante del congreso mariano con alguna finalidad oscura.

La segunda noche de sesiones en la catedral, la pasaron Gerardo José y Eloína comiéndose a besos y acariciándose sin pudor; haciendo planes y hablando mil cosas sin fundamento hasta que ella dijo:

-Ve Gerardito, ése hombre que está aquí en tu casa yo no creo que sea cura ni nada parecido. Me mira así como que me va a saltar

encima... ¡Huy, María Purísima! ¿Tú sabes quién le trajo las maletas ayer? Uno que yo conozco que le dicen Felipito. La mamá se llama Basilia y él trabaja en el cuartel... ¿Es como raro no?

Gerardo José compartió con su enamorada las malas impresiones que tenía. Ambos convinieron en que lo mejor era mantenerse fuera del alcance de aquel caballero y evitarlo a toda costa:

-¡Por nada del mundo te quedes sola con él! Así te mande mi mamá o te lo diga tu tía, no vas a ése cuarto sola. No sabemos quién es ni de qué pueda ser capaz. Si se mete contigo me lo dices inmediatamente. No le dejes pasar nada. Cuidado con una vaina...

Una sensación muy grata se despertó en la muchacha al presentir una cierta carga de celos en la advertencia de su enamorado y entonces se sintió halagada. Besaba el rostro de Gerardo José, lo acariciaba; y habría llegado a más si él no la detiene:

-Después de la cena, cuando todos se recojan a sus cuartos y Nicasia se vaya, me esperas en tu cuarto. No vengas tú, yo voy... si nos consiguen quiero que sea en tu cuarto. Para que no digan que fuiste tú la que se metió en mi cama... ¡Hoy sí vas a ser mi mujer!

\*\*\*

Los hombres que habían conformado la red de conspiradores en Willemstad se reunieron en torno a Rafael Simón y no acababan de decidirse. Quedó claro, eso sí, que por lo que restaba del año intentar un desembarco por Coro sería una torpeza que podría costarles la vida.

Urbina hizo circular el ejemplar del periódico coriano que había tomado de la casa y cuando el diario volvió a sus manos lo puso en el bolsillo interno del paltó. La idea era que todos fueran teniendo una imagen aproximada del capitán Useche.

Por lo demás, él se encargó de narrar a los presentes las aventuras vividas cuando huyó hacia el piedemonte serrano de Coro y encomió sobremanera los servicios de José Candelario Medina, Francisco Chirinos y Santiago Pereira. Igualmente, elevó al más alto nivel la traición de Carmelo González. Dejó bien claro que él no había matado a su compadre pero declaró que tenía bien merecida la muerte. Los hombres de la reunión apenas murmuraban.

Tocaron a la puerta con el santo y seña y un muchacho “catire” de unos catorce años entró a la pieza decidido a hablar con Urbina y sólo con él.

Rafael Simón pidió al resto que los dejaran solos y el joven le entregó una carta. El pequeño pliego estaba doblado en tres y escrito con lápiz de grafito. La esquila no necesitaba firma, él reconoció la caligrafía.

Tras leerla, rompió el papel y lo puso en el bolsillo derecho del pantalón. Tosió un par de veces y dos hombres salieron a la sala nuevamente:

-Ellos te van a acompañar para que no te pase nada. Gracias por el servicio...

Cuando salió el muchacho escoltado por los dos hombres de Urbina el resto de los complotados volvió a la sala.

Tras unas breves instrucciones y después de un intercambio de noticias relevantes se dio por concluida la reunión. Rafael Simón quiso salir él primero porque según debía atender a algo grave. Dejó claro que por una semana no habría reunión y nadie debía asistir a fiestas; que cada uno en su casa era mejor:

-Compadre Camacho, véngase usted conmigo...

\*\*\*

Pese a que había llegado como siempre en casa de su hermana mayor, el maestro Casiano Rentería se hallaba en Coro muy a disgusto suyo. Creía

que eso de que los muchachos de la ciudad recibieran la primera comunión y fueran confirmados durante el congreso mariano estaba bien; pero no estaba de acuerdo con que de las más lejanas capitales de distrito se trajera a ésas criaturas para hacer bulto en las celebraciones multitudinarias de un evento que ni siquiera entendían.

Ahora le había tocado estar pendiente de los veintinueve adolescentes que junto al párroco tuvo que traer de su parte de La Sierra para contribuir a la suntuosidad del encuentro:

-Uno pasando estrecheces con esa muchachera, y encima de eso expuestos a cualquier vaina. Para ellos es una gran vaina venir a Coro... ¡Ah mundo! ¡Si los hay que nunca habían venido! Pero... ¿Y los gastos? ¡La comida! ¡La posada! Sin saber si un muchacho se enferma o si le pasa algo... ¡Francamente!

Un amigo suyo que trabajaba en “La Casa S” le guardaba los diarios y revistas de circulación local y eventualmente con algún arriero le enviaba los paquetes. Pero como en esta ocasión había anticipado su visita no fue necesario que le hicieran llegar nada, él mismo pasó por ellos.

Después de tomar la siesta se dispuso a leer los diarios y los organizó para comenzar por los más viejos. Consideró que así se pondría eficazmente al día.

Al poco de estar leyendo dio con una noticia modernamente redactada que incluía la foto de un oficial del ejército. Indignado por lo que consideraba una infamia se echó a la calle buscando el patronato de niñas pobres “Nuestra Señora de Guadalupe” donde amablemente las agustinas recoletas habían albergado a los muchachos y muchachas provenientes de La Sierra que habían venido a recibir sacramentos.

-Buenas tardes, hermanita. Hágame el favor de buscarme a un muchacho de los que llegó conmigo antier. Se llama Rafael Simón Pereira...

Conferenciaron largo rato junto a la Ermita de san Nicolás de Bari y luego el muchacho volvió al hospicio del patronato con el rostro demudado, el ánimo apagado y un diario doblado en el bolsillo trasero del pantalón.

\*\*\*

El coronel Meléndez iba de un lado a otro manoteando y exagerando sus gestos con marcado histrionismo.

-¡Por Dios, sargento Rojas! ¡Por Dios! ¿Cómo cree usted que voy a presentarme ante el general Jurado con tan escasa información? ¡Sin ningún dato creíble! ¿Cómo voy a responder cuando me pregunte algo concreto? ¡Esas informaciones tuyas no tienen fundamento! Pero igual... ¡Agarre diez hombres y se va a ver qué es lo que es!

-Pero mi coronel –respondió el subalterno con aire contrariado- todos mis hombres están disfrazados y regados por todas partes...

-¡Mire, gran carajo! Que coja diez hombres y vaya a averiguar, le dije –gritó el coronel Meléndez-

El sargento Rojas impuesto de semejante obligación salió del cuartel y se dio a ubicar al menos seis hombres de los suyos porque sabía bien en donde estaban.

La comisión de siete se dirigió a pie hasta el sitio denominado Las Retamas donde según le habían informado a Rojas se encontraba un bote abandonado desde hacía muy poco. Ya en el sitio, se constató el buen estado de la embarcación. Se notaba que la habían tratado con esmero pero no había el menor indicio de cuántos o quiénes la tripulaban.

La arena de la playa no guarda huellas, con ella no se puede contar para eso. La arena olvida...

Rojas y los suyos prefirieron salir de aquel paraje que los tenía en estado de máxima alarma. A cada rato les parecía escuchar ruidos extraños, voces, quejidos. Rojas sentenció:

-¡Fueron contrabandistas! No me cabe la menor duda porque esto siempre ha sido la ruta del contrabando que viene de Curazao...

Y tomando aquel dicho como verdad indiscutible, todos recobraron la calma y se pusieron en camino a Coro para reportar a los superiores que los rumores de un presunto desembarco eran infundados.

\*\*\*

Gerardo José no quiso esperar a que dieran las doce en el reloj de la torre de San Gabriel. Ardía en deseo sexual, estaba afiebrado de Eloína. Cuando tomó su baño se enjuagó el cuerpo concienzudamente.

Al salir notó sin tranca la puerta de agua y supuso que el falso cura estaba por la calle todavía.

Tuvo la tentación de atrancar la puerta pero intuyó que aquello acarrearía consecuencias terribles para su padres. Pasó por su habitación a echarse un batín encima y un poco de perfume para ir al cuarto de planchado al encuentro de Eloína.

A la puerta del cuarto de planchado notó unas huellas mojadas que venían del lavadero: Eloína también acababa de bañarse.

Abrió la puerta sin violencia, pero sin tocar, lo que hizo sobresaltar a la muchacha que envuelta en una sábana se secaba junto a la lámpara. Ajustó una tranca contra la puerta y se sentó a contemplar a su enamorada que a la extraña luz del humeante candil se veía todavía más hermosa.

Cuando terminó de secarse, Eloína extendió a lo largo de una cuerda, en la que por lo general iba colgándose en perchas la ropa planchada, la pieza de tela que había utilizado. Completamente desnuda y sonriente

camino en silencio hacia Gerardo José, al tiempo en que éste, poniéndose de pie se despojaba del batín y dejaba al descubierto una incuestionable erección.

Tras los besos y primeros escarceos se fueron a la cama. Se amaron sin prisas y sin miedos. Llegado el momento, Eloína se entregó a su enamorado sin reservas y él la amó cuidadosamente.

A las embestidas amorosas de Gerardo José correspondía la joven con suaves quejidos y aferrándose al amante casi hasta herirlo con las uñas. Ocurrió el desfloramiento...

Hicieron el amor, hicieron tiempo, hicieron planes y de nuevo hicieron el amor.

Gerardo José juraba y prometía cosas, proyectaba y soñaba. Se durmieron hasta que los gallos desesperados comenzaron a llamar al sol. Eloína lo zarandeaba suavemente y luego con movimientos bruscos para despertarlo. Él quiso un nuevo combate amoroso y ella lo impuso de la gravedad de la situación en que se encontraban los dos, haciéndole comprender que debían desistir por ahora y reservarse para la noche.

Comprensivo, Gerardo José se echó encima el batín sin ajustarlo, así como quien lleva una chaqueta, y prácticamente desnudo se fue sin prisa alguna por los corredores hasta su cuarto mientras Eloína arreglaba la pieza y se aseguraba de sacar la sábana que con manchas de sangre atestiguaba que la habían desvirgado.

Victorioso y feliz como iba el joven, no reparó en el odioso huésped que tras los caujaros le espiaba. Gerardo José tomó sus cosas para bañarse y el hombre se metió sigilosamente al cuarto que le habían asignado por los días que debía pasar en aquella casa.

\*\*\*

Los jóvenes amantes creían que nadie, sino solo ellos, estaba al tanto de su secreto. No contaban con la vigilancia de aquel huésped con claros aires marciales que estaba a dos días de marcharse.

El hombre decidió acudir temprano a la cocina y desayunar ahí antes de tomar rumbo. Nicasia servía y Eloína ayudaba. Entonces llamaron a la puerta y Nicasia acudió a ver quién tocaba tan temprano.

Eloína recordó las advertencias de Gerardo José y buscó a salir de la estancia pero el hombre la atrapó por el brazo y la apretó con fuerza:

-Yo también quiero de lo que le estás dando al hijo de los señores...

Sintieron que Nicasia regresaba y entonces el hombre la soltó y la muchacha salió a toda prisa.

## CAPÍTULO ONCE

Cuando la mañana del diez de diciembre el señor Véliz terminó el trabajo en la vieja casona del obispo Castillo fue inmediatamente a la casa de los Íñiguez Campuzano para replicar lo que había hecho en la residencia episcopal.

Se le había encargado grabar en el frontispicio una letra eme de muy cuidado aspecto como un monograma del nombre de María, la madre de Jesús. El monograma grabado estaba encerrado en un marco de altorrelieve simple y en cada esquina interna del marco se habían puesto en bajorrelieve los números de aquel año: un uno, un nueve, un dos y un ocho. El relieve era sobrio pero elegante, en color blanco como la pared.

También la señora Mercedes quiso un trabajo así al frente de su casa, justo encima del pórtico, y el señor Véliz se comprometió a que en la mañana del día once lo realizaría.

Aquel entusiasmo devocional le ayudó al señor Véliz a terminar muy bien ése año, o al menos, a concluirlo sin las habituales penurias.

Se hizo de un práctico sistema de molduras y perdió la cuenta de en cuántas casas fue grabando el monograma rodeado por los cuatro números que formaban el año: un uno y un nueve, un dos y un ocho.

Ideó como hacer otra medida más pequeña de la letra y entonces ponía dos dígitos a la izquierda, la eme en el centro y cerraba su diseño con los dos dígitos restantes. Siempre un uno y un nueve, después un dos y un ocho.

\*\*\*

Gerardo José, que se había propuesto dar un giro a su vida y cambiar para mejor se encontraba conversando con un amigo suyo que era dependiente en “La Casa S” y aprovechaba para ir tomándole el pulso al movimiento de aquel lugar.

Su amigo le explicó que desde allí se enviaban cosas fuera del estado o del país; que se recibían muchas cosas también porque la compañía era representante de varias agencias internacionales de comercio, que se administraban inmuebles, que se consignaban mercaderías y productos agropecuarios; en fin:

-¡Aquí hacemos de todo, Gerardito! Claro, cada uno en su área, en su especialidad...

Un hombre de mediana edad con aspecto respetable pero modestamente vestido llegó a la tienda acompañado de un adolescente y solicitó un lazo blanco, de raso preferiblemente. Esto porque el muchacho debía llevarlo en el brazo derecho prendido a la camisa para su primera comunión.

Otro hombre detrás del mostrador, que hacía las veces de mayordomo general, llamó a una señorita y le encargó:

-Por favor atienda usted al maestro Rentería...

Descuidadamente, Gerardo José y su amigo se dieron a comentar la situación sospechosa que él observaba en su casa y cómo estaba seguro de que había visto al teniente Álvarez vestido de sotana. Gerardo José habló de las sospechas de Eloína y del hecho de que les parecía raro que un empleado del cuartel le llevara las maletas al huésped de sus padres.

El otro hombre detrás del mostrador, el que hacía de mayordomo general habló en voz alta:

-¡Coronel Meléndez! Bienvenido, pase usted por aquí...

Y fue a destrabar una pequeña puerta que dividía el mostrador para indicarle al militar por dónde acceder a los espacios interiores de la tienda. A Meléndez le acompañaban cuatro hombres que claramente le estaban subordinados y que entraron al local ignorando con total desprecio a los presentes.

Cuando los cinco militares fueron conducidos a los depósitos internos Gerardo José no tuvo la menor duda: entre ellos iba el huésped de su casa. No era cura, era militar...

-¡Señor! ¿Por qué se va así? ¿Qué le pasó? –dijo la muchacha encargada de la parte de los artículos de mercería-

Pero sin decir palabra y con el muchacho firmemente asido el maestro Casiano Rentería abandonó abruptamente la tienda sin terminar de ver los lazos de raso blanco.

\*\*\*

La noche del diez de diciembre, mientras todo en la catedral era fervor mariano, disquisiciones profundas, aplausos e himnos devotos; Gerardo José y Eloína se amaban furiosamente desde hacía ya bastante rato en el cuarto que temporalmente ocupaba la muchacha:

-¡Ya mi amor, ya por favor! Ve que van a venir y te van a conseguir aquí. Y yo soy la que tiene que perder. Tú no...

-¡Tú vas a ser mi mujer, por encima de quien sea!

-¡Gerardito, por Dios! Ve que tengo que poner la mesa y calentar lo de la cena.

Él accedió a pausar la mutua entrega conviniendo en continuar por la noche cuando todos se fueran a sus habitaciones y Nicasia se retirase a

su casa. Ella salió a bañarse para arreglarse un poco y él la esperó a que volviera.

Unos instantes después sintieron pasos que con firmeza marcial se acercaban por el pasillo. Con gestos, él le ordenó que hiciera silencio y le dio a entender que todo estaría bien, que lo dejara encargarse. Dominó su contrariedad, dobló su miedo, y salió del cuarto de planchado cerrando la puerta detrás de sí y quedándose allí plantado.

El huésped desagradable había calculado mal las cosas y había sido sorprendido:

-¿Se le ofrece algo al señor?

-¡No, para nada! Sucede que estoy dando una vuelta para cerciorarme de que todo está en orden.

-Sí, aquí todo está bien...

-Lo que pasa es que usted y yo no hemos sido presentados. Soy el capitán Useche...

-Soy Gerardo Díaz Emázabel, pero eso ya lo sabe usted...

Cortésmente, Gerardo José le indicó el rumbo del comedor y ambos caminaron para esperar el regreso de los señores y de Nicasia.

Muerta de miedo, Eloína salió del cuarto apenas oyó que los hombres se marcharon.

Durante la comida, el capitán Useche develó la totalidad de la trama que lo había traído a la ciudad y a la casa. Los señores estaban particularmente serios. El silencio de la señora Mercedes daba a entender que ella y su esposo estaban al tanto de todo. Gerardo José recordó entonces la visita del coronel Meléndez el mismo día de la instalación del congreso mariano cuando llegó a su casa aquel visitante.

Mientras cenaban, y en la breve e incómoda sobremesa, el capitán Useche evitó a toda costa mirar a Eloína que entraba y salía del comedor atareada.

Notificó que tras la comida debía salir a encontrarse con los suyos que cada noche se ponían al tanto de sus cosas.

Máxime ahora que se hablaba de una situación sospechosa con un bote que fue hallado al este de Coro, muy próximo a la ciudad sin daños ni ocupantes; atracado y no encallado.

\*\*\*

Por supuesto que el señor Véliz había evitado a toda costa el tener que venir a la casa de los Díaz Emázabel pues tenía bien claro la condición de mujer fastidiosa que caracterizaba a la señora Mercedes:

-¡No, no, no! Mire Véliz; yo quiero la eme un poquito más grandecita, dentro del marco, claro; pero quiero que los números estén todos por debajo de la letra como en forma de media luna... ¿Si me entiende? Un uno, un nueve, un dos y un ocho...

-Señora Mercedes, yo sé escribir el año en que estamos. Además éste no es el primer trabajo que hago...

-Disculpe Véliz, disculpe... ¡Pero es que yo no quiero que el mío sea igualito a los demás!

\*\*\*

La presentación del libro “Venezuela Mariana” del Hermano Nectario María tuvo tanta importancia que vino a convertirse prácticamente en el acontecimiento central del congreso mariano.

Una encendida arenga en favor de solicitar a nombre de Venezuela la proclamación del dogma de La Asunción de La Virgen María a los cielos

conmovió a los presentes que tributaron una prolongada ovación al padre Evaristo Ipiñazar, rector del Seminario Santa Rosa de Lima de Caracas.

Los alrededores de la catedral y la plaza Bolívar eran un hervidero de gentes de todas las clases mezclándose sin distinción alguna animados todos por el mismo objetivo: ir a ver y a que los vieran.

Estaban cantando el himno como cada noche al terminar las sesiones cuando Gerardo José de la mano de Eloína paseaba por la calle de La Federación con rumbo norte, como quien va hacia el Club Bolívar o hacia El Pantano.

En la esquina de la casa que fuera del obispo Diez un grupo de muchachos estaba echando broma, cada uno más achispado que el otro a causa del buen cocuy. La pareja de enamorados – que iba por la acera de enfrente- quiso seguir de largo pero los zagaletones no estaban dispuestos a dejar pasar la ocasión:

-¡Al diablo Gerardito! Con razón no salís ahora...

Eloína le aconsejaba entre murmullos que no hiciera caso, que se contuviera. Otro del grupo, amparado en las sombras avanzó un poco más en el burlesco reproche:

-¡Qué va a estar saliendo ahorita si ya tiene papo en la casa!

Gerardo José se detuvo colérico pero Eloína no lo dejó devolverse pues ya estaban a punto de ganar la esquina de Los Arcaya al costado de la iglesia de San Clemente. Pero de entre las risotadas del grupo salió una afrenta que colmó la paciencia del enamorado:

-¡Sos capaz de decir que la estrenates vos!

Hecho una furia, Gerardo José se soltó de Eloína y corrió hacia el grupo de los insolentes que al verlo venir corrieron ellos también hacia la plaza

Bolívar. Ciego por la rabia tropezó y cayó, lo cual aumentó su cólera y causó grande risa entre sus burladores.

Entonces se puso a buscar piedras por el suelo y a lanzarlas sin medir peligro ni considerar otra cosa que el honor mancillado.

Donde la calle de La Palmasola hace esquina con la calle de La Federación, al costado oeste de la plaza Bolívar, se había colocado a propósito del congreso mariano una potente lámpara de gasolina sobre la cual vino a dar una piedra que lanzara el furibundo Gerardo José.

El impacto resultó en una explosión espeluznante seguida de una gran deflagración justo en el momento en que toda la gente salía de la catedral. Viendo lo que había hecho, el joven echó a correr en sentido contrario para volver al encuentro de la novia que seguía parada al costado de la iglesia de san Clemente:

Eso hubiera sido todo si uno de los que huían del vengador tirapiedras no hubiera tenido la fatal ocurrencia de gritar al momento de la explosión:

-¡Ahí viene Urbina! ¡Ahí viene Rafael Simón!

En segundos, todo se convirtió en un verdadero caos: hombres corrían, mujeres se desmayaban, niños lloraban a gritos. Los militares que estaban camuflados entre curas y frailes se entorpecieron para sacar sus armas debido a que no sabían qué hacer con las sotanas y los pesados hábitos religiosos.

Un segundo grito de alarma puso en guardia a todo el mundo, pero ya no se trataba del arribo de Urbina sino de una niña que reclamaba ayuda para sacar a su abuela de una pila de agua. Y es que la señora, queriendo ponerse a salvo del hombre ése, corrió despavorida y cayó en un estanque de donde hubo que ayudarla a salir.

Una hora después, todo mundo en su casa y aquí no ha pasado nada.

Sólo en casa del señor Véliz todo era calma y normalidad porque ni se enteraron de los acontecimientos. El viejo Véliz y su hijo estaban fabricando un molde de hojalata para facilitar sus trabajos.

Ya estaba bien grabada la placa, nada más faltaba hacer el molde los números: un uno y un nueve, un dos y un ocho.

## CAPÍTULO DOCE

La ciudad enfervorizada redobló sus actos de piedad apenas amaneció el 12 de diciembre de 1928: repiques de campanas, rosarios y procesiones. Con la clausura del congreso mariano se esperaba también que Venezuela fuera consagrada ése día al inmaculado corazón de María Santísima por parte del episcopado venezolano. Según se había anunciado, Lucas Guillermo Castillo, obispo de Coro y anfitrión del gran evento, leería la solemne fórmula de consagración a nombre de los obispos y de todos los católicos de Venezuela.

La casa de la familia Díaz Emázabel estaba custodiada por los cuatro costados: las autoridades militares buscaban a Gerardo José sospechoso de ser activista anti gobierno y aliado de Rafael Simón Urbina.

Eloína no había vuelto a casa y el capitán Useche la acusó de ser cómplice del joven.

Pero el coronel Meléndez simplificó los sucesos de la noche anterior en su reporte al general Jurado y a los organizadores del congreso mariano explicando como algo espontaneo y para nada infrecuente el estallido de una lámpara de gasolina.

Otro tanto reportó por vía del telégrafo al doctor Carlos Jiménez Rebolledo, minimizando los hechos tanto como pudo, delante del flamante ministro de guerra y marina.

Meléndez ordenó que cesara la búsqueda de Gerardo José fundamentalmente porque no debían darse malas impresiones a los ilustres visitantes y porque tras capturar a uno de los implicados se supo toda la verdad.

Al mediodía, la custodia de la casa Díaz Emázabel se levantó del todo.

Únicamente el capitán Useche sufrió contradicción por aquellas medidas y asumió como un reto personal el perseguir a los jóvenes enamorados. La verdad sea dicha, poseer a Eloína era su verdadero reto.

La joven no había tenido otro recurso que volver a la casa de su abuela materna y al capitán no le había sido muy difícil enterarse de ello. Con la noche, pensó, daría con ella y la sometería; total que él no necesitaba que ella consintiera sino solo que se dejara.

Si resultara que se encontraba con Gerardo José por aquellos lugares sería todo tan simple como matar dos pájaros de un solo tiro.

Felipito el hijo de Basilia llegó escoltando al capitán Useche a la casa de los Díaz Emázabel a eso de las cuatro de la tarde. En términos respetuosos pero con gesto arrogante, el oficial agradeció las atenciones recibidas y pasó a recoger sus cosas. Felipito entregó al señor Gerardo la breve esquila enviada por el coronel Meléndez donde le agradecía su colaboración y le participaba oficialmente la desestimación de los cargos que se habían hecho a Gerardo José.

Ni bien habían salido de la casa el capitán Useche y su escolta, Nicasia atrancó la puerta y se fue corriendo a la cocina para soltarse a llorar. Otro tanto hacía la señora Mercedes en su habitación ignorando el paradero de su hijo pero pensando también en que debía asistir a la ceremonia de clausura del congreso. Estaba previsto que Marcos Sergio Godoy, el obispo de Cabimas, dirigiera una alocución final a los presentes.

En el cuartel, el capitán Useche iba y venía deseando que llegara la noche sobre Coro para pasar inadvertido en las sombras.

En compañía del sargento Rojas se fue a dar una vuelta por el hospital y la Ermita de san Nicolás de Bari. De ahí en más, hacia el oeste, poco le quedaba a la ciudad fuera del cementerio y unas cuantas casas con sus corrales de cabras alrededor del camposanto.

De pronto, un hombre cojo de baja estatura vestido todo de blanco y con sombrero de pajilla salió de un callejón y caminó hacia los paseantes. Su rostro expresaba grande gozo como si se contentara de verlos tras largo tiempo. Ya muy cerca de ellos abrió los brazos y saludó a grandes voces:

-¡Capitán Useche! Caramba... ¡Cuánto tiempo! ¡Cuánto tiempo!

-Disculpe, caballero ¿nos conocemos?

-¡Pero, por supuesto mi capitán! Yo combatí bajo sus órdenes ¿Ya no se acuerda mí?

Ante la displicencia del oficial el hombre de traje y sombrero blanco dirigió sus saludos al sargento Rojas y se despidió apresuradamente porque lo esperaban en El Pantano para una celebración familiar.

Cuando el hombre pasó frente a la Ermita de San Nicolás de Bari con rumbo norte, Rojas y Useche seguían parados en la esquina del cementerio de la iglesia:

-No mi capitán, yo sé que lo conozco o lo he visto en otra parte pero no me viene a la mente su nombre...

Rojas y Useche emprendieron la marcha por la calle de La Palmasola hacia el oeste. Al pasar frente a la Casa del Patronato Nuestra Señora de Guadalupe solo quedaba un muchacho moreno de mirada torva que se escondió tras un arbusto y siguió con la vista a los dos militares.

-¡Camacho! Su apellido es Camacho, ya me acordé – dijo de pronto el sargento Rojas-

Useche se hizo llevar hasta muy cerca del cementerio general y desde allí el sargento Rojas le señaló la casa de la abuela de Eloína:

-Aquella mi capitán, la del medio... pero vea que esa es una casa de rochela. De ahí no sale cosa buena. Puras vagabunderías...

Useche sin ahondar en mayores detalles retornó calle arriba en compañía del sargento Rojas y volvieron al cuartel justo cuando estaba por servirse la cena.

En la Casa del Patronato Nuestra Señora de Guadalupe un grupo de muchachos serranos se aburría.

\*\*\*

-¡A mí no me interesa esa vaina! ¡Eso no me tiene cuenta a mí!

-Pero abuela...

-¡Ningún abuela nada! ¡Lárguese de aquí! Váyase para que su tía Nicasia que de seguro es mejor gente que yo.

Ahora que recién se había establecido en casa de Nicasia, Eloína repasaba en su mente una y otra vez los hechos acaecidos en casa de su abuela y cómo había sido puesta en la calle por aquella de quien ella esperaba amparo.

La tía le advirtió que aquello era una acogida temporal, que ya verían después qué hacer y que en últimas, todavía le quedaba la opción de volverse a su pueblo. De Gerardo José seguían sin saber nada.

En cambio, los Díaz Emázabel habían recobrado la calma no solo por las buenas noticias que les comunicara el coronel Meléndez sobre la desestimación de los cargos contra su hijo, sino sobre todo porque el propio Gerardo José les había mandado decir que estaba bien y que por la noche regresaría.

El joven, ignoraba que su novia no había sido recibida por la abuela pero ya había decidido pasar por ella antes de volver a su casa.

Allá se plantaría ante sus padres y se las presentaría como su mujer y dejaría bien claro que su intención era casarse con ella por todas las leyes.

Cerca de las diez, sorteando callejones y evitando las luces se fue buscando los rumbos del cementerio general pensando en Eloína.

\*\*\*

El soldado de guardia se sorprendió al verlo venir vestido con ropas de paisano y sin escolta. Le informó que en la torre de San Gabriel ya habían dado las diez y acató la orden de abrir la puerta. Severamente fue advertido de no informar a nadie sobre su salida:

-¡Como usted diga, mi capitán!

El capitán Useche quiso llegar hasta la plaza Bolívar y dar una vuelta alrededor de la catedral porque tenía la costumbre de nunca salir del cuartel directamente al punto al cual se dirigía. Era una suerte de treta personal que había hecho muy propia al escucharla de un viejo “zorro” del Táchira. Repentinamente se detenía y se giraba para ver si alguien lo seguía. En el ambiente en cual se movía no le quedaba más que desconfiar de todo el mundo.

Pasó frente a la Casa del Patronato y escuchó o creyó escuchar el chirriar de unas bisagras. Se detuvo, giró y esperó. Nadie lo seguía. Pensó en que había sido buena idea llevar consigo su arma, la palpó y se sintió reconfortado.

Luego decidió seguir adelante buscando el rumbo del cementerio general. Del camposanto venía un canto apenas audible de ave nocturna, algo así como un ulular de búho. Vio entreabierta la reja y decidió meterse por el cementerio, porque según había sabido, al portón trasero jamás se lo cerraba con candado y así acortaría el camino.

No tenía miedo de los muertos, él estaba hecho a la muerte...

\*\*\*

El coronel Meléndez entró al cementerio en compañía del sargento Rojas y dejó a la puerta a un par de soldados que los habían escoltado desde el cuartel. Caminaba a grandes zancadas por entre las tumbas hacia el portón trasero del camposanto. Allí lo aguardaban el doctor Peralta, un señor de apellido Querales que hacía de celador y sepulturero; y otro soldado en quien no reparó muy bien:

-¡Ajá doctor Peralta! Dígame qué pasó aquí...

-Pues por lo que yo veo, éste hombre se desangró hasta morir. Debieron arrodillarlo acá, de éste lado –señaló el doctor- y entonces le propiciaron el tajo fatal. Claro que no murió enseguida porque intentó arrastrarse hasta aquí donde lo encontraron ¿Sí se fija usted coronel? Estas otras heridas son más bien cortes superficiales: hechas para que sufriera...

No sé qué piensa usted, pero yo creo que fue una especie de reto a duelo. De lo que sí estoy seguro es que no pudo pedir socorro porque con esa herida no podía haber emitido sonido alguno...

-A buena vaina...

-Y estaba armado, mire, tenía ése revólver bajo la camisa... ¿Le resulta conocido?

El sargento Rojas que estaba enmudecido a causa de la consternación estuvo a punto de hablar, y lo habría hecho de no haber intervenido oportunamente el coronel Meléndez con voz firme:

-¡De ninguna manera! Éste hombre no es de por aquí. Habrá que sepultarlo como hombre desconocido...

El sargento Rojas ya no solo estaba mudo sino que ahora estaba paralizado a causa del terror que la declaración del coronel le infundía.

Absorto parecía no escuchar y miraba fijamente el rostro descompuesto del coronel:

-¡Sargento Rojas, carajo! ¿Es que no me oye?

-¡Perdone mi coronel, perdone! –dijo a la par que se paraba firme

-Que vaya rápido donde Véliz y le dice que se venga para enterrar a éste hombre. Que los gastos corren de mi cuenta...

En cuanto Rojas salió a buscar al albañil, Querales se puso a marcar el sitio de la sepultura y el coronel Meléndez ordenó que los soldados entraran para terminar el trabajo cuanto antes.

Tanto tardaba Rojas en su comisión que el coronel expresó sus temores en voz alta:

-Éste carajo se nos va a poner hediondo si no se apuran. Rápido pues...

Debieron ser como las diez de la mañana cuando la fosa alcanzó una hondura propicia y Meléndez ordenó que el cuerpo se pusiera en el fondo de ella así sin ataúd. Cuando Querales y los soldados terminaban de apisonar la tierra llegaron el sargento Rojas y el albañil.

-Mire Véliz, hágale un planchón encima. Sencillo, para poder identificar la tumba. Más nada...

El coronel ordenó que los soldados, el doctor Peralta y el sepulturero se fueran cada uno a lo suyo.

Únicamente al sargento Rojas – que no salía de su consternación y su mutismo- le dijo que se quedara.

Cuando Véliz terminó de igualar la superficie de la tumba, Meléndez le ordenó al sargento:

-Rojas... coja ese clavo y escriba en el cemento HOMBRE DESCONOCIDO.

Temblando y sudando, el sargento Rojas cumplió la orden. Entonces el coronel Meléndez agregó:

-Ponga el año

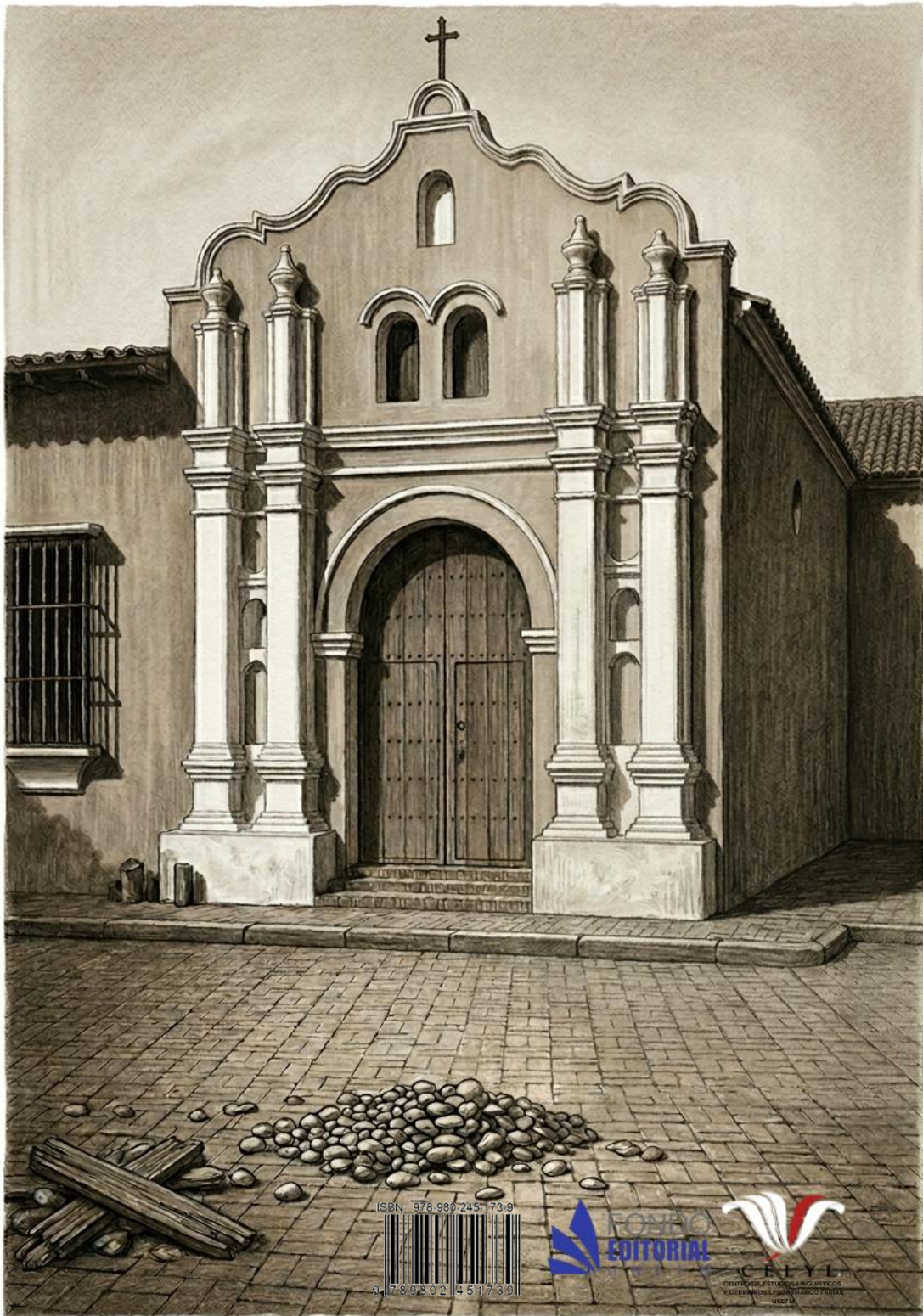
Y el asustado sargento comenzó a escribir: mil novec...

Colérico y frustrado el coronel Meléndez gritó:

-¡Así no, grandísimo animal! Un uno y un nueve, un dos y un ocho...

-FIN-

**CALIXTO GUTIÉRREZ AGUILAR/ JULIO 2025**



ISBN: 978-980-245-173-9



9 789802 451739



CELYL  
CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS  
Y LINGÜÍSTICO LINGÜÍSTICOS  
Y LINGÜÍSTICO LINGÜÍSTICOS  
Y LINGÜÍSTICO LINGÜÍSTICOS